

Buller se replegará por Gakdul tan luego como hayan llegado los camellos.

Sobre la ocupación de algunos puertos del Mar Rojo por tropas italianas, *El Diritto*, de Roma, publica un interesantísimo artículo cuyos párrafos principales van traducidos á continuación:

«Siendo en la actualidad Jartum el objetivo de Inglaterra, es de suma conveniencia examinar la condición de los caminos que conducen á aquella plaza.

El Sr. Rassam, en el artículo publicado en el *Times*, propone como preferible el camino de Kasala. La *Pall Mall Gazette* dice que en el Ministerio de la Guerra inglés fueron examinadas las condiciones que podía ofrecer el camino de Kasala, antes que Wolseley adoptase el camino del Nilo. El de Kasala está rodeado de montañas de 5.000 piés de altura; durante la temporada de las lluvias, son tan poderosos los torrentes que se desprenden, que es el paso imposible. Si fuese adoptado, dice el Sr. Rassam, no ofrecería ninguna ayuda á lord Wolseley.

Nosotros, dice la *Pall Mall Gazette*, no deseamos anticipar una discusión acerca del camino de Kasala.

El camino de Kasala á Berber es muy practicable. El viajero Baker, en el mes de Junio de 1881, dice haber hallado infinidad de balsas inmensas de agua potable á cada cuatro ó cinco millas. Estaban llenas de peces y cocodrilos. La más larga de aquellas balsas estaba rodeada de palmeras, que ofrecían agradabilísima sombra.

A sesenta millas de Kasala, Baker halló rica vegetación y muchos pozos de agua excelente.

Acerca del camino de Berber á Suakin, el Sr. Colborne, en el informe publicado en Junio de 1883, dice que los pozos son en poca cantidad y contienen poquisima agua.

Como se obsérva, hay disparidad entre los dos escritores.

El suelo de Kasala al Sur y al Oeste del Nilo, está formado de una extensa planicie llena de arena. Los árboles son muy escasos. Se encuentran allí pozos de 60 piés de profundidad. Los valles de la montaña están habitados por negros.

Refiriéndose al ferrocarril de Suakin, otro corresponsal inglés propone que sea presto construido para que pueda transportar los refuerzos al ejército de Wolseley y las provisiones destinadas al Alto Egipto. A medida que adelantasen los trabajos, deberían construirse fortificaciones como las que existen en la frontera india, con el objeto de proteger los trabajos de los árabes.

Como se comprende, debieran ser bien retribuidos. Dice el corresponsal que podría haber voluntarios llamados para un servicio temporal. Cuando la paz fuese restablecida, el ferrocarril daría gran prosperidad al comercio del Sudán, y á sus regiones limítrofes. Pero ahora es indispensable construirla para proteger al ejército.»

Hace días se exparcó en Londres la noticia de la toma de Herat por los rusos. Hubo un movimiento general de estupefacción y aun de terror. El camino de la India estaba abierto á los rusos, que de un momento á otro podían penetrar en el Afghanistan y en Lahore. La toma de Jartum no causó tanta sensación.

La noticia no se confirmó, sin embargo; era un rumor bursátil, rumor que no parecía destituido de fundamento para cuantos conocen un poco el mapa de Asia y saben que los rusos ocupan Sarachs desde hace un año.

Rusia é Inglaterra negocian en este momento la determinación de sus fronteras en Asia por medio de una Comisión mixta. Según el *Times*, el Gabinete inglés ha rechazado las proposiciones de Mr. Lessar, jefe de la comisión rusa, que tiende á establecer la dominación del Imperio nada menos que hasta las mismas faldas del monte Ghor. Las negocia-

ciones no están rotas todavía, y Mr. Lessar, aguarda instrucciones de San Petersburgo.

De todos modos, es indudable que la línea de desiertos del Turkestan meridional que separaba á los rusos de los ingleses y amortiguaba los efectos de su rivalidad, ha sido franqueada por aquéllos, y unos y otros están hoy en inmediato contacto.

El Tratado entre Portugal y la Asociación del Congo, que fué firmado el día 14 por ambas partes en Berlin, fué también firmado el 16 por el Embajador francés, Mr. de Courcel, como representante de la potencia mediadora.

Por dicho tratado, la Asociación Internacional Africana obtiene cuarenta kilómetros de costas, desde Banana hasta Yoba. En el tratado nada se menciona respecto del ferrocarril.

Según los términos de dicho arreglo, Portugal obtiene toda la orilla izquierda del Congo, desde San Antonio hasta Nokki, dedon de la frontera parte derecha al Este hasta el curso superior del Congo, principal afluente del Congo.

La orilla derecha de la embocadura, desde Manyanga al Este, hasta Banana, sobre la costa occidental, pertenecerá á la Asociación africana cuyo territorio comprenderá toda la región entre el Bajo Congo y el Tchiloango.

Con todo, el curso inferior de este río, que debía servir de demarcación entre las posesiones francesas y las de la Asociación, ha sido cedido á Portugal, renunciando Francia, en favor de dicho Estado, al puerto de Massabe, á la vez que la Asociación le cede por su parte los puertos de Landana, Malemo y Kabimda.

Estos cuatro puertos, con un territorio que se extiende á 40 leguas por el interior, formarán la comarca portuguesa enclavada al Norte del Congo.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

REPÚBLICA ARGENTINA

SU SITUACIÓN ECONÓMICA Y FINANCIERA PROSPERIDAD DEL PAÍS

Hace ya cuatro años que vengo asegurando á la prensa de España, á sus hombres públicos más influyentes, y aun al mismo Monarca que se halla al frente de sus destinos, que la República Argentina es un país que se encuentra en plena prosperidad: que sus variados elementos de riqueza, el desarrollo extraordinario de su comercio y la forma constitucional en que es gobernado el país en nombre de la libertad y el respeto á las leyes, le garantizan un porvenir sobre el cual pueden contar confiadamente todos los que allí se dirigen en busca de trabajo y bienestar, ó los Gobiernos que deseen mantener relaciones con una joven nación que aspira á cultivarlas con todos, en nombre de intereses, igualmente convenientes para todos.

En medio de estas seguridades que no ceso de dar constantemente—en centenares de artículos publicados sin interrupción y en conferencias públicas escuchadas con marcada benevolencia—llega á España la noticia de que en la República Argentina se ha declarado el curso forzoso de su moneda fiduciaria, produciéndose con este motivo cierta alarma é inquietud que estoy en la obligación de calmar; no ya en cumplimiento de un deber oficial, sino como simple periodista y orador que aspira á que se crean todas las seguridades que ha venido dando respecto á la solidez política y económica que tiene por doble base la actualidad de la República Argentina.

Es lo que voy á hacer apelando á las cifras que, como dijo Pitágoras, *son las que gobiernan el mundo*, teniendo además el privilegio de fijar claramente la situación de un país que se pretende juzgar.

Del estudio de estas cifras se deducirá fácilmente que lo que ha tenido lugar en la República Argentina, no es, propiamente hablando, una *crisis financiera*, sino una simple perturbación monetaria, de esas que pueden ser comunes y frecuentes en naciones cuya vida financiera y económica presenta los especiales caracteres de aquél.

Vamos, pues, á las cifras.

En 1878 el país no exportó sino 37.500.046 pesos

fuerzas de productos; en 1884 la misma exportación alcanzó la cifra de 70.000.000.

En estos mismos períodos de tiempo la importación ascendió de 43.000.000 á 85.000.000.

Para que se aprecien mejor estas cifras, vamos á descomponerlas por años.

	Exportación.	Importación.
1876	48.090.712	36.070.022
1877	44.769.944	40.443.423
1878	37.523.771	43.759.125
1879	49.357.558	46.363.592
1880	58.380.787	45.535.880
1881	57.938.272	55.705.927
1882	60.388.939	61.246.044
1883	60.207.976	80.435.828
	416.657.959	409.559.841

RESUMEN

Exportación.	416.657.959
Importación.	409.559.841
Saldo en favor de la exportación.	7.098.118

Exportación de algunos artículos de la producción argentina.

LANAS			
1880	kilos	97.145.801	valor 27.467.671
1881	»	103.876.955	» 31.446.495
1882	»	111.009.796	» 29.978.960
1883	»	118.403.668	» 29.600.918

TRIGO			
1881	kilos	157.078	valor 11.481
1882	»	1.705.292	» 69.093
1883	»	60.754.677	» 2.430.184
1884	{ 3 primeros trimestres. }	» 106.079.563	» 4.313.978

LINO			
1879	kilos	246.034	valor 20.338
1880	»	957.999	» 98.668
1881	»	6.394.618	» 624.534
1882	»	23.351.794	» 1.705.047
1884	{ 3 primeros trimestres. }	» 35.404.079	» 1.769.901

MAÍZ			
1880	kilos	15.032.015	valor 297.884
1881	»	25.052.189	» 559.094
1882	»	107.327.155	» 2.212.511

BATATAS			
1881	kilos	73.605	valor 3.722
1882	»	328.797	» 10.531
1883	»	1.382.603	» 55.402

HARINA			
1882	kilos	548.799	valor 40.494
1883	»	4.844.385	» 343.099

CUEROS DE CARNERÓ			
1882	kilos	22.353.021	valor 4.231.718
1883	»	26.564.619	» 5.035.885

La producción de 1884, representó las siguientes cifras:

Industria animal.	115.500.000
» agrícola.	57.500.000

Viniendo ahora al desenvolvimiento de la industria agrícola, fuerza es convenir en que ha sido verdaderamente extraordinario.

La exportación de sus principales productos, tales como trigo, maíz y harina, alcanzó en 1883 la suma de 4.712.000, mientras que en 1876, sólo alcanzó 443.262.

Consagrado el país de algún tiempo á esta parte, á la elaboración de azúcares, la importación de este género es hoy casi insignificante, pudiendo asegurarse que dentro de un breve plazo la producción, bastará no sólo para satisfacer las necesidades de la población—que crece por días—sino que presentará un sobrante para poderse exportar, ni más ni menos que como ha sucedido con los trigos y las harinas.

He aquí la cifra de la exportación de azúcares en los últimos años:

1880	kilos	7.439.307	valor	1.008.418
1881	»	6.805.756	»	999.631
1882	»	5.733.004	»	832.678
1883	»	3.066.310	»	461.939

Llamo ahora la atención sobre las cifras que siguen, advirtiéndole que ellas representan siempre pesos fuertes.

Valor de los materiales importados á la República para la construcción de ferrocarriles.

1880	valor	48.865
1881	»	2.184.445
1882	»	2.879.170
1883	»	6.948.319

He aquí algunos datos sobre el movimiento de esos ferrocarriles:

Central Norte.—Entradas: 1.565.000, ó sea un 34 por 100 de aumento sobre los productos del 83, y nada menos que 90 por 100 sobre 1882.

Los gastos sólo ascendieron á un 42 por 100 sobre las entradas; mientras que en los Estados Unidos los gastos son en general, un 62 por 100, de 61 en Australia y de 52 en Inglaterra.

Andino.—Entradas: 670.000, ó sea un 60 por 100 más que en 1883.

Gastos: 53 por 100 en vez de 55 del año anterior.

El camino de hierro *Central Norte*, costó al Estado 9.944.330, ó sean 50.000.000 de pesetas.

Esta suma está representada por una parte del empréstito emitido en Londres en 1871.

Las entradas libres de esta propiedad del Estado son superiores á la suma que se necesita para atender al servicio de la Deuda que ella representa.

El camino de hierro Andino costó al Estado 4.488.165, ó sean 23.000.000 de pesetas.

Los productos líquidos alcanzaron en 1883 á una igual á 4 y cuarto por 100 sobre el capital; en 1884 alcanzaron al 5 y 1/2 por 100, y el 1882 á 83 las entradas de este camino, presentaron un aumento de 36 por 100.

Me parece inútil advertir que aquí no hablo sino de los beneficios *directos* que resultan para el Tesoro público, de la construcción de estas líneas férreas, cuya proporción progresiva en sus entradas está en relación directa con los adelantos materiales del país, el aumento de su producción y el desarrollo de la vida comercial en todas sus múltiples manifestaciones en un pueblo cuyos gobernantes han tenido el talento de abrir la explotación de esas grandes riquezas á los capitales y á los brazos de todo el mundo, comprendiendo que en esa verdadera fraternidad del trabajo estaba el elemento poderoso de la prosperidad nacional.

Pero sigo con las cifras descomponiendo las entradas del *Central Argentino* en los últimos cuatro años.

1881	1.240.000	por milla	5.060
1882	1.570.000	»	6.400
1883	2.212.000	»	8.990
1884	2.852.000	»	11.400

ó sea un 17 por 100 sobre el capital empleado. Los gastos no alcanzaron sino al 38 por 100 sobre las entradas.

En este camino las tarifas se redujeron de un 25 por 100 desde el mes de Noviembre.

Este Argentino.—Las entradas han aumentado un 21 por 100 sobre las de 1883.

Campana.—Entradas: 40 por 100 más que en 1883.

<i>Buenos-Aires Great-Southern.</i> —Entradas:			
1883	de Enero á Noviembre	379.918	Ls. E.
1884	»	516.835	»

<i>Norte de Buenos Aires.</i> —Entradas:			
1883	del 1º de Enero al 21 de Diciembre	58.412	Ls. E.
1884	»	76.560	»

<i>Oeste de Buenos-Aires:</i>	
1880	1.535.038
1881	1.728.741
1882	1.913.859
1883	2.143.358

En todo, como se ve, un aumento tan considerable, como no se observa en ningún otro país del mundo, estableciendo las proporciones naturales entre la población de todos y la de la República Argentina.

El 1.º de Julio de 1884 existían en explotación

4.235 kilómetros de camino de hierro, habiéndose empleado en su construcción la suma de 80.000.000 de pesos fuertes.

El año anterior produjeron 5.000.000 netos, lo que equivale á un 6 y 1/4 por 100 por año.

El término medio en los Estados Unidos, no pasa del 4 y 1/2 por 100.

Vamos á otro dato que pone de relieve y con cifras incontestables el gran desarrollo económico del país.

Navegación exterior.

1878	3.673	buques con	1.563.221	toneladas.
1879	5.900	»	2.022.496	»
1880	8.215	»	2.242.582	»
1881	10.754	»	2.484.936	»
1882	10.836	»	2.976.093	»
1883	12.506	»	3.696.413	»

Navegación interior.

1880	36.149	buques con	1.935.454	toneladas.
1881	45.341	»	3.571.404	»
1882	43.934	»	3.628.804	»
1883	45.318	»	4.129.351	»

Según datos que tengo, en el año de 1884 ha habido un aumento de 1.000.000 de toneladas en la navegación exterior, comparada con la del otro año.

Pero hay más: durante siete años la navegación presenta un aumento de 5 por 100; es decir, de 2.200.000 toneladas ha subido á 10.000.000 de toneladas!!!

Vamos ahora á las cifras sobre Correos y Telégrafos. Las cantidades representan el número de piezas que han circulado por el correo, y en cuanto á los telegramas, los que han circulado en el interior:

1882	17.000.000
1883	21.000.000
1884	26.500.000

TELEGRAMAS

1882	438.091
1883	496.727
1884	600.000

En materia de educación los progresos de la República Argentina siguen el mismo movimiento progresivo.

El 30 de Diciembre de 1883, recibían educación en sus escuelas:

265.763	varones.
237.848	mujeres.

En cuanto á la inmigración, las cifras que voy á citar, revelan lo que de continuo vengo asegurando en esta prensa: que ella aumenta diariamente de una manera considerable.

He aquí algunas cifras que demuestran el aumento que ha tenido en los últimos años:

1880	32.416
1881	47.489
1882	51.513
1883	63.243
1884	91.734

En el solo mes de Enero del corriente año habían entrado á los puertos de la República, nada menos que 21.000 inmigrantes.

Los que ha recibido durante el año anterior, representan para el país un capital productivo de 50.000.000 de duros.

Ya que de la población me ocupo, haré conocer la progresión en que ésta ha venido aumentando en el seno de mi patria:

1869	1.877.000	habitantes.
1882	2.942.000	»
1884	3.300.000	»

Tomando por base estos cálculos, la marcha de progresos generales que ha emprendido la República, la facilidad con que ella llama á su seno la inmigración extranjera, y el crédito de que ella goza en Europa, no es aventurado asegurar que en 1890 su población será de 5.000.000, y de 10.000.000 en 1.900, que es, ni más ni menos, la progresión que ha seguido en los Estados Unidos.

Si por el aumento de las rentas de un país puede juzgarse de sus progresos y adelantos, las cifras siguientes darán justa idea de los realizados por el nuestro.

Citaremos el producto de las entradas por año:

1880	20.247.487
1881	22.057.500
1882	26.455.105
1883	30.713.348
1884	33.770.333

Los gastos durante este mismo período, han ascendido á las siguientes sumas:

1880	19.095.498
1881	20.497.718
1882	29.093.753
1883	31.224.748
1884	34.053.484

Citaré, al pasar, la progresión de algunas de las entradas del Tesoro público.

En 1880 las entradas de Aduana produjeron 16.095.429.

En 1883, 23.373.870.

Papel sellado, en el mismo año, 592.701.

En 1883, 1.983.512.

Correos. primer año, 348.495.

En 1883, 546.384.

Caminos de hierro, primer año, 213.158.

En 1883, 1.338.008.

Debo hacer presente que casi siempre los gastos de la Administración han sido menores que las sumas presupuestadas, por el empeño que ha puesto el Gobierno en equilibrar los presupuestos.

Pero sigamos con las cifras ofreciendo á los lectores el producto de las dos principales Aduanas de la República, durante los últimos cinco años.

	Buenos-Aires.	Rosario.
1880	13.000.000	2.000.000
1881	15.710.000	2.300.000
1882	16.400.000	2.800.000
1883	19.000.000	3.250.000
1884	22.200.000	3.800.000

Bastarían estas solas cifras para que los hombres que mantienen relaciones con la República Argentina comprendiesen que el país que progresa de esta manera no puede presentar peligros para el porvenir, porque en él se haya declarado momentáneamente el curso forzoso.

Según un telegrama llegado recientemente, en el solo mes de Enero la Aduana de Buenos-Aires había producido 2.626.000 y la del Rosario 350.000; de manera, que no es aventurado asegurar que durante el año que corre las dos Aduanas producirán más de 30.000.000 de pesos fuertes.

A otros datos.

El 31 de Diciembre de 1883 la Deuda de la Nación ascendía á 105.669.399, á saber:

25.849.730	interna.
79.819.668	externa.

En 1884 la Deuda aumentó á consecuencia de nuevas emisiones destinadas á caminos de hierro, construcción del puerto de Riachuelo, aguas corrientes y cloacas de la capital, menos la amortización operada de la antigua Deuda, que ascendió á 20.000.000.

El 1º de Julio de 1884 los Bancos de la República Argentina tenían en depósito y en capitales propios, 186.000.000 ó sean 930.000.000 de pesetas; es decir, 300 pesetas por habitante, contra 250 en los Estados Unidos, 200 en el Canadá, 155 en Alemania y 150 en Francia.

He aquí ahora las cifras principales que arrojan los balances de los dos principales Bancos de la provincia, el *Provincial*, y el *Nacional*.

	Provincial.	Nacional.	Total.
Capital re-lizado. . .)	33.571.500	18.000.000	51.571.500
Depósito . . .)	71.087.000	19.933.000	91.120.000
Emisión . . .)	18.080.000	23.820.000	41.900.000
Encajes . . .)	8.906.000	9.336.000	18.242.000
Inmuebles . . .)	1.519.200	580.000	2.099.200
Descuentos y adelantos)	79.000.000	53.400.000	132.400.000

Trataré ahora de ir comprendiendo todas estas cifras para presentar los resultados prácticos que demuestren la base sólida sobre que reposa la situación financiera y económica de la República Argentina.

Su movimiento comercial ha presentado la progresión siguiente:

1876	84.000.000
1880	103.000.000
1882	121.000.000
1884	155.000.000

Navegación: En el espacio de siete años, ella pasa de 2.200.000 toneladas á 10.000.000!!!

En los correos y telégrafos, la misma progresión.

Tráfico de los caminos de hierro.

Aumento de 30 á 60 por 100 de un año á otro; producto neto de los capitales empleados en esas construcciones; mínimum 6 por 100 y máximun 17 por 100.

Vamos ahora á la inmigración: uno de los puntos que más debe fijar la atención de los que quieran estudiar las condiciones extraordinarias de un país que parece destinado en un porvenir no lejano, á recibir en su inmenso territorio—catorce veces mayor que el de Francia—los millones de hombres que carecen en Europa de bienestar y fortuna, seguros de encontrar en él todos los encantos que puedan serle agradable á la vida.

Entraron á la República:

1880	30.000
1882	51.000
1884	91.000

Cuando se hicieron los cálculos anteriores, se hallaban en cuarentena, á consecuencia del cólera que existía en Europa cuando salieron de sus puertos, los vapores que conducían 7.025 inmigrantes, é iban en viaje 6.960; de manera que durante el año de 1884, han entrado en la República Argentina, nada menos que 106.316 personas, cifra á que no alcanza ni con mucho, las que han entrado en *todas las demás Repúblicas americanas* en el mismo año.

En estos momentos, la corriente de la emigración se acentúa cada vez más; de manera que ya puede asegurarse, que durante el año que corre entrarán al suelo argentino más de 150.000 inmigrantes.

En la República se educan 500.000 discípulos sobre una población de 3.500.000 habitantes.

Dos palabras sobre los presupuestos nacionales:

1880	39.000.000
1882	55.000.000
1884	68.000.000
1885	80.000.000

Como he dicho antes, hay casi siempre excedente en vez de déficit en los gastos generales de la nación.

En 1884 la Aduana de Buenos Aires produjo 22.000 000 y medio, mientras en cinco años antes *no habia producido la mitad*.

En el año que corre las entradas ascenderán á 26.000.000. En Enero habian producido ya 2.626.000.

La deuda de la nación sólo se eleva hoy á 120 millones.

El servicio para atender las deudas interior y exterior es igual para 1885, á 27 por 100 de las entradas del Estado, contra 33 en 1883, 37 en 1882 y 43 en 1880.

Debo observar además, que el Estado posee actualmente un capital de 40.000.000 en caminos de hierro y 20.000 leguas de tierras públicas, últimamente conquistadas al dominio de los salvajes, propiedad de que no disponía en 1880.

A estos inmensos valores hay que agregar: las líneas telegráficas, los diques, una escuadra poderosa y los numerosos edificios públicos de la nación, casi todos de gran valor por la esplendidez con que están construídos.

Me parece que examinadas con calma todas las cifras que se acaban de leer queda probado de una manera incontestable, que la deuda pública de la República Argentina en vez de aumentar *ha disminuido considerablemente* teniéndose en cuenta su movimiento comercial, las entradas del Tesoro y los productos de los caminos de hierro y tierras públicas, y que aun cuando esa deuda se aumentase con un 25 por 100 todos los años, *continuaría disminuyendo*, por una lógica de hierro que nada podrá destruir; de manera que el decreto estableciendo el curso forzoso, momentáneamente, no importa en manera alguna decir que lo que existe en la República Argentina es, propiamente hablando, una crisis financiera. No pasa, pues, de ser

sino una simple perturbación monetaria; porque un país que presenta las condiciones de estabilidad, de progreso y de desarrollo comercial en tan grandes escalas, no puede en manera alguna haberse expuesto á las crisis económicas que producen la ruina en la vida de una nación.

Está por demás decir que un país que marcha en las condiciones de la patria argentina, y que se encuentra gobernada por hombres que, conociendo á fondo la ciencia de la Administración—Gobierno esencialmente liberal y que cuenta con el potente apoyo de la opinión pública—tiene en sí todos los elementos de solidez que deben inspirar ciega confianza en su porvenir.

HÉCTOR F. VARELA.

UN CERTAMEN LITERARIO

En varios periódicos militares se ha publicado el anuncio de la convocatoria de un certamen literario para honrar la memoria del Marqués de Santa Cruz de Marcenado; y como pensamos hacer algunas observaciones acerca de esta convocatoria, comenzaremos por dar á conocer á nuestros lectores el mencionado anuncio, que esta firmado por el Secretario del Jurado que ha de juzgar las Memorias que se presenten, D. Arturo Zancada, y que copiado al pie de la letra dice lo siguiente:

«No habiéndose concedido los principales premios del certamen convocado por la Junta directiva del Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, propuso el Jurado calificador y la indicada Junta ha acordado que se verifique un nuevo certamen con el mismo tema que el anterior, á saber: *Vida y escritos de D. Alvaro Navia-Osorio, Marqués de Santa Cruz de Marcenado*.

«Para que no quepa duda de lo que en este tema se pide á los autores de las Memorias que aspiren á obtener los premios del certamen, el Secretario del Jurado, que firma esta convocatoria, dará aquí las explicaciones siguientes:

»1ª La vida del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, además de las condiciones generales de estilo y método que exige toda obra histórica, ha de contener las pruebas de la verdad de los asertos de su autor en lo concerniente á la relación de los hechos, ya citando documentos, ó ya las fuentes bibliográficas, siempre con la mayor especificación posible.

»2ª El juicio de la *Rapsodia económico-político-monárquica*, ha de ser lo suficientemente extenso y razonado, para que se comprenda bien el sitio que le corresponde al Marqués entre los iniciadores de la ciencia económica, en sentir del autor de la Memoria.

»3ª La valía del proyecto de un *Diccionario Universal*, ha de fijarse indicando el estado que alcanzaban las ideas acerca de la enciclopedia de la ciencia en el primer tercio del siglo XVIII.

»4ª Siendo las *Reflexiones militares*, la obra científica que ha inmortalizado el nombre de D. Alvaro Navia-Osorio, claro es que el análisis de esta obra ha de ser muy detenido, con el fin de que aparezcan puestos en punto de evidencia todos sus méritos, distinguiendo aquellos que son relativos á la época en que se escribió, de aquellos otros que puedan ser considerados como las poderosas intuiciones del genio que se adelanta al estado de cultura del pueblo y tiempo en que vive.

»Dicho esto, he aquí las bases del certamen que ahora se convoca.

»Primera. Las monografías que se presenten han de estar escritas en castellano ó portugués.

»Segunda. Estas monografías se dirigirán á la redacción de *La Ilustración Nacional*, calle del Almirante, núm. 2, quintuplicado, Madrid, en donde se le facilitará recibo á las personas que las entreguen.

»Tercera. Las monografías que se presenten deberán llevar un lema igual al que se ponga en un sobre lacrado y sellado, que contendrá el nombre y señas de su autor.

»Cuarta. Se concederá un primer premio y *accésit*, y las menciones honoríficas que se crean justas.

»Quinta. El premio consistirá en un diploma, dos mil pesetas y quinientos ejemplares de la edición que se hará de la obra premiada.

»Sexta. El *accésit* consistirá en un diploma, mil pesetas y quinientos ejemplares de la edición que se hará de la obra que lo haya obtenido.

»Séptima. Las menciones honoríficas se consignarán en un diploma que firmarán el Presidente, Excelentísimo Sr. General D. José Gómez de Arceche, y los demás individuos del Jurado calificador.

»Octava. El plazo para la admisión de las monografías terminará en 31 de Octubre del presente año 1885.

»Novena. Los autores no tendrán derecho á la devolución de las Memorias que presenten, las que conservará el Jurado para poder justificar los fundamentos de sus calificaciones.

»Décima. Para la concesión de los premios se atenderá en primer término al mérito absoluto de las monografías que se presenten.

»Undécima. El Jurado abrirá los sobres que contengan los nombres de los autores de los trabajos que obtengan el primer premio, el *accésit* ó menciones honoríficas; y en el día 19 de Diciembre del presente año 1885, aniversario 201 del nacimiento del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, se adjudicarán por el Teniente General, Excmo. Sr. Marqués de San Román, Presidente de la Junta directiva del Centenario de aquel insigne escritor didáctico, los premios en metálico, que se hallan depositados en el Banco de España, y los diplomas de las menciones honoríficas concedidas á los autores que se presenten á recogerlos, y se quemarán los sobres cerrados que contengan los nombres de los concurrentes al certamen que no hayan obtenido ninguna clase de premio.»

Al terminar la lectura del precedente anuncio, es probable que no faltará quien pregunte la causa de que en la base primera, en lugar de establecerse, como es costumbre en los certámenes literarios que en España se convocan, que las monografías que se presenten han de estar escritas en castellano, se diga que pueden estar escritas en castellano ó en *portugués*, y esta variante introducida por la Junta directiva del Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, así en éste como en el anterior certamen literario á su iniciativa debido, no ha pasado inadvertida ni en Lisboa ni en Madrid, y de esto se hallan pruebas en el número de la *Correspondencia de Portugal*, correspondiente al día 13 del actual mes de Febrero, y en la crónica de *La Ilustración Española y Americana*, que redacta el ingeniosísimo *cientista*, pase la palabra, y muy querido amigo nuestro D. José Fernández Bremón.

En la *Correspondencia de Portugal* del citado día, se lee lo que á continuación copiamos:

«Referimo-nos, oportunamente, á festa que foi celebrada em Madrid, para commemorar o centenario do Marquez de St^a Cruz de Marcenado (D. Alvaro Navia-Osorio). Entrava tambem n'essa commoracao, a adjudicacao de premios ás melhores memorias, que se apresentassem acerca da vida e escritos do dito marquez. Os premios principais naa foram distribuidos, e a commissao directora do alludido centenario, sobre proposta do jury resolveu abrir novo concurso, que terminará en 31 de outubro proximo, devendo os premios ser adjudicados no dia 19 de dezembro seguinte, anniversario do nascimento do marquez.

»As memorias admissiveis terao de ser escriptas em hespanhol ou portuguez. E claro, pois, que sao convidados novamente os escriptores portuguezes a tomar parte n'este certamen litterario.

»Folgaríamos muito de vér os nossos illustres publicistas, e em especial os militares, tomar parte no certamen de que tratamos, e maior satisfacao teriamos em que os premios postos á concurso fossem-honorosamente ganhos por memorias portuguezas.»

Por nuestra parte, no sentiríamos que se cumpliese el deseo que manifiesta aquí la *Correspondencia de Portugal*, porque todo lo que reduce en honra y gloria de los portugueses lo consideramos nosotros como honra y gloria de todos los hijos de la Peninsula Ibérica, sin distinción de las dos nacionalidades que se dividen su unidad territorial. Nosotros creemos que la gloria de Cervantes alcanza por igual á los portugueses que á los españoles; porque el espíritu de *El Quijote* es tan español como

portugués, y por semejante manera, Luis de Camoens, como ya observó Wolf en Alemania y el malogrado D. Francisco de P. Canalejas en España, es el poeta épico de la raza ibérica, porque *Os Lusíadas* es el poema de los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, que lo fueron a la vez portugueses y españoles, y como si Dios hubiera querido marcar esta identidad histórica de los dos pueblos peninsulares, el primer viaje en que se ha dado la vuelta al mundo en que vivimos lo comenzó el portugués Fernando de Magallanes y lo terminó el español Juan Sebastián de Elcano.

Volviendo a tratar concretamente del certamen literario para honrar la memoria del autor de las *Reflexiones Militares*, recordaremos que ha poco digimos que el Sr. Fernández Bremón se había ocupado de la base de dicho certamen que ha dado origen a la digresión que antecede, y así es en efecto, según puede verse en las palabras que textualmente copiamos de la crónica que se halla en el número de *La Ilustración Española y Americana*, publicado en el día 8 del presente mes de Febrero. Dice así el Sr. Bremón:

«Una circunstancia es digna de notarse, así en este como en el anterior certamen convocado por la Junta directiva del Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado; las Memorias que aspiren a los premios ofrecidos pueden estar escritas en castellano ó en portugués. Quiza sean estos los primeros certámenes en que los dos idiomas ibéricos aparecen unidos y con iguales condiciones para servir de medio de expresión a los autores de las Memorias que aspiren a ser premiadas, y parece natural que nuestros vecinos, los compatriotas de Luis de Camoens, no dejarán desairada la invitación que se les hace, sin duda alguna, en nombre de la hermandad que debe unir a los dos pueblos peninsulares.»

Sin insistir más sobre la importancia de la base primera del certamen de que estamos tratando, y pasando ya a otro asunto, acaso no será inoportuno poner término a este artículo señalando algunas de las fuentes bibliográficas a que podrán recurrir los que aspiren a escribir una monografía referente a la vida y los escritos de D. Alvaro Navia-Osorio.

Parécenos que en los muy estimables estudios biográficos que han publicado el Teniente Coronel de artillería D. Javier de Salas y Carbajo al frente de la edición barcelonesa de las *Reflexiones Militares*, y el Oficial de Administración Militar D. Angel de Altolaguirre, en un volumen elegantemente impreso, se halla todo ó casi todo lo que hoy se sabe acerca de la vida del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Algo añaden aún las biografías del Marqués publicadas por los Sres. D. Manuel Somoza, en el *Memorial de Artillería*; D. Máximo Fuertes Acevedo, en *La Crónica*, de Badajoz; D. Pedro Hernández Raimundo, en *La Ilustración Nacional*, y por dos autores anónimos, en *El Globo* y en *El Siglo Futuro*. Si no se nos tachase de inmodestos, al menos para completar la noticia bibliográfica, citáramos la que el autor de estas líneas ha escrito en el *Almanaque de La Ilustración Española y Americana*, correspondiente al actual año 1885.

Para escribir acerca de la *Rapsodia económica-político-monárquica*, debe consultarse el juicio de esta obra, publicado por D. Manuel Pedregal en *La Ilustración Nacional* y la *Biblioteca de los economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII* de D. Manuel Colmeir.

Respecto al proyecto de *Diccionario Universal*, deben consultarse algunas de las muchas obras que cita la conocida enciclopedia de Pierre Larousse, al tratar de los Diccionarios, Enciclopedias, Ontologías y otros asuntos semejantes, tales como clasificación y organismo de las ciencias, conocimientos de la historia, lexicografía, filología comparada, etc., etc.

Acaso se hallen gérmenes de algunas de estas cosas en el proyecto de *Diccionario Universal* del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

No citaremos, por demasiado conocidas, las obras en que se trata del mérito de las *Reflexiones Militares*, y sólo diremos que, con motivo de la celebración del centenario de su autor, han escrito artículos muy notables acerca de esta obra, los Sres. D. José Villalba y Riquelme, D. Manuel Zarazaga, D. Joaquín de la Llave, D. Honorato Saleta, y algunos otros escritores militares, que en este momento no recordamos. Además, dentro de muy pocos días verá la luz pública el Juicio de este inmortal tratado de milicia, escrito por el Comandante de caballería D. Emilio Prieto; opúsculo que ha alcanzado el certamen convocado por el Centro del Ejército y Armada.

Teniendo en cuenta los ocho meses que aún faltan para que se termine el plazo señalado a los concurrentes al nuevo certamen convocado por la Junta directiva del Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado y lo mucho que se ha escrito en estos últimos tiempos acerca de este insigne tratadista militar, es de creer que las Memorias que se presenten llenarán por completo todas las condiciones que explica el Secretario del Jurado con minucioso detenimiento.

LUIS VIDART.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO OCTAVO

(Continuación.)

Perturbaciones de la Iglesia de Nueva York.—Programa de los viejos católicos en Austria.—Decisiones de Baviera y Suiza en pro de la reforma.—Austria y Prusia fraternizan con la reforma.—Una carta del Dr. Dollinger.

I

En el capítulo anterior habrá leído el lector el grado de descomposición que reina en materia religiosa, lo mismo en Europa que en América. La existencia de los *Mormones*, como la aparición de los *Lazzaretistas* y de otra multitud de sectas a cada cual más extravagantes, como se han desprendido en estos últimos tiempos del catolicismo como del protestantismo, nos induce a creer que las religiones positivas reciben en los tiempos presentes un golpe mortal, y que antes de poco los pensadores y hombres ilustres coincidirán con esa masa enorme de indiferentes, en un punto común: en que la religión laica es la mejor, la religión de la humanidad, en que sin endiosamientos ni idolatrias gentílicas ni paganas, se vive para el bien de todos, por y para el bien mismo.

Apenas si se concibe que en un pueblo joven como el Norte-América, donde implantaron sus severas doctrinas los Puritanos apenas hará un siglo, la religión ocupe el mismo relajamiento moral, el mismo sentimiento de gentes que aquí en la vieja Europa, y demostrado está con cuanto expusimos en el capítulo anterior.

El catolicismo, que todo lo recoge para sus especulaciones y fines propios, quiere hacer hoy en América lo que no puede en Europa; y aprovechando el estado lamentable por que pasan aquí los cristianos, y la descomposición de la iglesia protestante, sueña con triunfos quiméricos que nunca verá realizados.

Por de pronto han convocado a un concilio de Prelados católicos que acaba de celebrarse en Baltimore, habiéndose tomado en él diversas resoluciones, a cual más importantes, sometidas en estos momentos por la Santa Sede al examen de una comisión especial. Un corresponsal romano de la *Defense*, comunica a este diario algunas noticias sobre el trabajo terminado.

Hay por de pronto el propósito de fundar una Universidad católica. Respecto a los matrimonios mixtos se ha adoptado una disciplina común, que deberá extenderse a todas las diócesis de la República americana. Esta cuestión tiene importancia en un país donde los católicos tienen tantas relaciones con los protestantes. Los padres del Concilio han decre-

tado igualmente la creación de una escuela independiente en cada Municipio.

Esta medida, al sentir de los Prelados del Concilio, es capitalísima, y está destinada a operar una lenta transformación del espíritu religioso de los Estados Unidos. En el pasado, las grandes poblaciones como Nueva York poseían sólo establecimientos de este género. La inmensa mayoría de las parroquias, y sobre todo, de las parroquias irlandesas, estaban privadas de esta poderosa palanca de la fe católica.

Los jóvenes frecuentaban la escuela neutra, y recibían escasas nociones en la enseñanza irreligiosa, y cuando entraban en la adolescencia, aumentaban las filas de los indiferentes, si no la de los enemigos de la religión. Esta situación que perjudicaba tanto a los progresos del catolicismo, va a desaparecer por la iniciativa enérgica del episcopado.

El Concilio de Baltimore ha decidido que un catecismo uniforme rija en todas las diócesis cualesquiera sean el país ó el origen de los católicos de los Estados Unidos. Por último, el Concilio se ha ocupado en la disciplina eclesiástica, en las relaciones entre el Obispo y el clero, del nombramiento de los Obispos y de la administración del patrimonio eclesiástico en cada parroquia.

Esta es la obra del catolicismo en los Estados Unidos; pero los prelados no cuentan que aquí es poderosa la acción del Estado, en punto a la enseñanza, y que ellos no pueden oponer en este punto gran oposición.

Trazado en el capítulo anterior el bosquejo de los reformadores religiosos en uno y otro extremo de América, terminamos el cuadro con los trabajos de los católicos congregados en Baltimore, para organizar una iglesia católica frente a la protestante, que ha dominado en absoluto en el Norte, desde el desembarco de los Puritanos.

II

Nuestros temores son de que en este movimiento reformista de católicos y protestantes, quien salen ganando son los llamados viejos católicos, cuyas aspiraciones y programas han trascendido a ambas Américas.

Era lógico este resultado. No podían compararse con los sectarios disidentes que reseñamos en el capítulo anterior, los viejos católicos que tienen sus principios perfectamente definidos, que disputan una finalidad más seria y moralizadora que los otros disidentes. Así es que lo mismo en Alemania, que en Austria, que en Suiza, patria de esta secta, apenas han levantado su voz y lanzado al mundo los acuerdos de sus programas los viejos católicos, el éxito más asombroso ha colmado los deseos de todos sus iniciadores.

Ahora mismo acaban de celebrar en Viena una Asamblea extraordinaria, en la cual han elaborado el programa siguiente:

- 1º Participación de los legos en el Gobierno de la Iglesia, sobre la base de la constitución de la Iglesia primitiva.
- 2º Supresión de la confesión auricular obligatoria.
- 3º Supresión del celibato obligatorio de los sacerdotes.
- 4º Reforma del culto y empleo de la lengua nacional.
- 5º Supresión del ayuno obligatorio.
- 6º Supresión de los días de fiesta religiosa.
- 7º Supresión de los abusos relacionados con las indulgencias y con el culto a las reliquias, imágenes y procesiones.
- 8º Supresión de las misas y preces pagadas y de otros varios ingresos eclesiásticos.

Este programa será presentado al próximo Sínodo regular de los viejos católicos de Austria.

La Comisión sinodal se ha encargado de preparar la elección de un Obispo. La Asamblea ha elevado una exposición a la Cámara de los Diputados pidiendo una subvención para la nueva Iglesia.

III

Por otra parte el Gobierno bávaro acaba de adoptar el dictamen formulado por la comisión

encargada de darlo, sobre la petición de los católicos viejos de Baviera, solicitando se les reconozca como comunidad religiosa legal, y que se admita á M. Reinkens como á Jefe episcopal, con los derechos inherentes á esta posición.

La comisión opina que el Poder Ejecutivo es incompetente para resolver esta cuestión, que pertenece al Legislativo, y este acuerdo se ha comunicado oficialmente á M. Reinkens.

Ya hemos dicho en otro lugar de este mismo libro, que el cantón de Berna ha aprobado, por un plebiscito, la ley de la organización de los cultos. La oposición no reunió más que 15.000 votos. Entre ellos figuran los de algunos Diputados que además han dimitido sus cargos.

La primera consecuencia del suceso ha sido refugiarse en Francia casi todos los sacerdotes católicos del distrito de Porrentruy, temiendo que se les internase en la parte protestante del cantón. Tal es el estado de los católicos en la República Helvética.

En el Gran Consejo de Ginebra ha ocurrido recientemente un hecho curioso.

Con motivo de haber autorizado el Consejo de Estado á un Arzobispo de Lyda á conferir órdenes en la iglesia de San Germán, monseñor James Fary quiso saber cómo un Obispo de la religión eismática griega había podido consagrar sacerdotes *viejos católicos* en una iglesia católica romana. Yendo más lejos, manifestó que si era cierto el caso debía deplorarse tanto más, cuanto que existe un Arzobispo de Lyda, que es el único que así puede titularse en el catolicismo romano, como el reconocido por el Papa.

El Gran Consejo respondió que eran exactos los hechos, pero que el Consejo de Estado no había tenido inconveniente en que se consagrasen curas viejos católicos por un Obispo griego en una iglesia romana, toda vez que aquellos lo pedían, el Obispo consentía en ello y la iglesia de San Germán estaba vacante.

Este género de argumentación no ha menester comentarios.

IV

En Alemania estas cosas se miran con más respeto. En el año 1879 el viejo catolicismo ocupaba ya preferente atención entre filósofos y pensadores, hasta el punto de que en 1875 la Prusia aprobaba una ley que fija para siempre y de un modo regular, los derechos en las congregaciones de los viejos católicos. Y esta era una necesidad desde el momento que en la importante ciudad de Heildelsberg 180 padres de familia habían solicitado entrar en la nueva comunidad, y se esperaban aún otras 60 ó 70 decisiones. En Alannheim se ha fundado una comunidad viejo-católica de 186 individuos, todos padres de familia; otra de 136 padres de familia en Offenbach; otra en Baden-Baden de 145, y otra en Carlsruhe de 256. En la Selva negra y en las provincias rhinianas se notaban los mismos progresos. En la Alemania del Norte los progresos son más lentos, pero también se presienten anuncios que indican un próximo desarrollo.

En una reunión de viejos católicos tenida en Colonia, el Presidente ha declarado que un número considerable de presbíteros italianos se habían dirigido al Obispo viejo católico Reinkens para que les ayude á la propagación de la reforma en su país.

Rinks, párroco de Heildelsberg, en Baviera, el padre Bodestein, cura de Bochun (Westfalia), Wagner, cura de Messkirch (Baden) y Herter, cura de Breslao, han contraído matrimonio, usando de la autorización concedida por el Sínodo de Bonn, que ha votado la abolición del celibato eclesiástico.

En cambio, uno de los principales agitadores, el Dr. Melzer de Neisse, ha vuelto al gremio de la Iglesia católica á consecuencia de la declaración del expresado Sínodo, que le ha escandalizado.

Reinkens sigue su predicación contra las decisiones de Roma.

Una carta del Dr. Dollinger dirigida á un sacerdote romano, determina claramente sus relaciones con el movimiento viejo católico en

los mismos días en que se celebraba el segundo Sínodo de Bonn, donde se ha demostrado que llegaban á 42 las congregaciones y sociedades de los viejos católicos en Prusia.

El Obispo Reinkens había reconocido un año antes 35, y había otras 20 cuyos casos estuvieron bajo consideración.

Durante el año de 1874 se habían hecho miembros 4.151 adultos. El movimiento viejo-católico se ha introducido en el reino de Wurtemberg poderosamente, habiéndose organizado una congregación respetable en Stuttgart. Sólo en Baviera no se notaba grandes progresos.

El Sínodo celebrado en Bonn en 1875, se componía de 105 miembros. Se adoptó un ritual en lengua alemana. El arreglo de ayunos y fiestas se dejó para que se organice conforme á las costumbres y circunstancias de los diferentes países y provincias; pero haciendo constar que la fiesta de la Asunción de la Virgen no debía entenderse sino como la de la conmemoración del día de su muerte. La discusión sobre el celibato de los clérigos fué animadísima. Se determinó dejar abierta la cuestión teórica; pero continuaron la práctica, según costumbre, á no ser que cambiasen radicalmente las circunstancias del tiempo. Los cambios se siguen con lentitud; pero siempre con la debida dirección. El principio, que parece estar bajo la total acción unita del cuerpo viejo-católico, es conservar las antiguas formas y conformarse con las antiguas costumbres, esforzándose por infundir en ellas nuevos pensamientos y nueva vida, como lo prueba en el caso citado arriba, de la fiesta de la Asunción de la Virgen.

Hemos dicho que Prusia ha dado una ley respecto á los derechos de los viejo-católicos. Es una cosa importantísima esta ley dada el 4 de Julio.

Si hubiera pasado tal ley en el Parlamento Imperial, inmediatamente después de la promulgación del dogma de la infalibilidad, hubieran tomado un giro muy diferente los asuntos. La posición ilógica de todos los gobiernos sin excepción, fué la siguiente: Decían á los viejo-católicos: «Sois para nosotros ahora, tanto como antes, miembros verdaderos de la Iglesia católica que ha sido establecida legalmente.» Pero apenas obró conforme á esto un sacerdote en Prusia, quedó sin pan y privado de sus beneficios: á los legos del viejo catolicismo, dijeron: «Sois para nosotros lo que habíais sido siempre; sin embargo, si queréis celebrar culto, no podemos abrirnos vuestras propias iglesias, tenéis que arreglaros como podáis.» La nueva ley cambia todo esto...

Por otra ley de concesiones á los viejo-católicos se determina que en lo sucesivo, en las parroquias donde un número respetable de personas sean miembros de la comunión viejo-católica, tendrán derecho común al uso de la propiedad eclesiástica. Si son una minoría, tienen los católicos romanos, á la hora de costumbre, su culto principal. Si son una mayoría, sucede lo contrario. Si hay varias iglesias en una parroquia, entonces se reparten las iglesias, y cada comunión tiene su propia iglesia. Tienen los viejo católicos derecho de sepultura en los cementerios parroquiales. Si se pasa un sacerdote á los viejo católicos, retiene su beneficio. Deben repartirse los demás bienes eclesiásticos de la parroquia entre los católicos romanos y viejos, esto es, se repartirán proporcionalmente las rentas anuales, según sea mayor ó menor el número de los adeptos de las dos comuniones. En este asunto ha obrado el Gobierno con buena lógica, y en lo sucesivo será interior el conflicto, y no tocará á la propiedad ni á los derechos civiles de los partidos disidentes.

V

A todo este gran movimiento de los viejo-católicos vá unido el nombre del Doctor Dollinger, y más desde su última carta.

Es bien sabido que es ya un anciano, y los romanos han explicado su vida retirada y tranquila por su falta de simpatía hacia el movimiento viejo-católico. Efectivamente, no hace

mucho que se propalaba la noticia de que se había reconciliado formalmente con Roma. Esta carta apagará eficazmente tales rumores. Muy larga es para que la reproduzcamos entera en este libro; damos, por lo tanto, el siguiente extracto: Se le había preguntado si todavía se consideraba miembro de la comunión viejo católica. Contesta que sí. Luego traza en bosquejo la misión del viejo catolicismo: éste da testimonio de la verdad antigua contra el error reciente de la infalibilidad papal y la monarquía universal, por ser especialmente una protesta permanente contra la práctica perniciosa introducida por el presente Papa, fraguando nuevos artículos de fé; da cuerpo, por medio de un crecimiento gradual, á una Iglesia «en más íntima conformidad con la primitiva, indivisible y purificada de errores y supersticiones.» Sirve de lazo para unir á los cristianos é Iglesias divididas.

No se habrá olvidado que en el primer Congreso en Munich y aun en el de Colonia, era muy reservada su actitud con respecto á la organización de congregaciones distintas. Consignó con bastante claridad que todo pudiera cambiarse, cuando en la providencia de Dios un nuevo Papa se sentase en el trono pontificio.

Ha abandonado esta ilusión. «En toda esta comunión papal, tanto dentro como fuera de Italia, no existe más de un poder motor, al lado del cual, todos los demás Obispos, Cardenales, órdenes monásticas, escuelas, etc., juegan solo un papel pasivo, y ese poder es la orden de los jesuitas. Esta orden es el alma y el soberano de todo el sistema romano.» No cambiarán las cosas bajo un nuevo Papa. Anteriormente á 1773, había otras órdenes que tenían á raya á esta; esas, ahora, no son más que sombras ó meros instrumentos de la dominante. «Son los jesuitas, la superstición encarnada, coaligada con el despotismo.» (1) Gobernar al mundo, mediante el Papa, como su instrumento, he aquí el fin de sus esfuerzos. Contestando á la pregunta de un eclesiástico: ¿Qué me aconsejaría usted hacer?—dice: «Seguid vuestras convicciones y dad testimonio de la verdad. Cuanto más numerosos los testigos y los que se desembarazan de las ataduras de una doctrina y obediencia falsa, tanto más esperanza hay de conseguir el restablecimiento de la salud.»

Tal es la apreciación de Dollinger, con respecto á la iglesia romana y la influencia perniciosa de la orden de los jesuitas, tanto en lo actual como para las generaciones venideras. Ha pasado á sus manos la poderosa organización de la gerárquica constitución romana, y para conseguir sus fines, «procura hacer de la religión una cosa mecánica; predica el sacrificio de la inteligencia y educa el alma en una obediencia ciega y absoluta.» No es Dollinger un entusiasta loco que conjura espectros que no tienen carne ni sangre; sino un sabio y hombre de principios que ha vivido en contacto diario con el mal que denuncia, y que conoce ó conocía, como ninguno de su siglo, las operaciones secretas de la gran conspiración contra la libertad y la ilustración de las naciones.

NICOLÁS DÍAZ PÉREZ.

LEYENDAS MUZARABÉS

EL BOTÍN DE LA BATALLA

III

Al reparar en las infidencias, apostasias y traiciones que en aquella época fueron tan frecuentes, lo mismo en el campo musulmán que en el campo cristiano,

(1) Al Papado es á quien más han comprometido las miras intransigentes de los jesuitas, y con más razón por los hechos contemporáneos.

Dice un telegrama de Roma, publicado por el *Pall Mall Gazette*, de Londres, que el Papa posee las pruebas de la existencia de una vasta conspiración de los jesuitas de Italia y de otras naciones, para impedir toda reconciliación con los Gobiernos que se opongan á que se restablezca el Poder temporal.

fuerza es darse á pensar, que si la palabra *patria* era más usual en uno que en otro, en ambos sonaba con mucha menos fuerza y ejercía menos influencia que la voz de la pasión y que la de los intereses personales. Yo no sé, si en los presentes tiempos sucede cosa igual: en cuyo caso habría que convenir en que para cierto linaje de gentes el *procomún* es una palabra vacía de sentido, siendo su interés personal y el apetito desordenado de sus pasiones lo único que llega á iluminar sus entendimientos y á determinar su voluntad. Tales gentes, ahora como entonces, tienen por mote de su bandera aquello de *nuestros fueros, nuestros bríos, nuestras pragmáticas y nuestra voluntad*. Pero dejemos estas enojosas reflexiones y volvamos á la terrible batalla de Alkhandech y á los acontecimientos que fueron su consecuencia.

Si los ejércitos en aquella época hubieran tenido otras condiciones y otra organización que las que tenían, del de Abderramán III, destrozado en el valle de Alhándega, no habría regresado á Córdoba ni un caudillo ni un solo soldado. Ciertamente es que la victoria había costado á los cristianos harta sangre y hartas bajas, para que no les fuera pesado y difícil seguir el alcance del enemigo. Pero no fueron los heridos, ni los muertos los que al ejército de Ramiro estorbaron el dar fin del de Abderramán: fué, para la infantería, la completa carencia de víveres, y para capitanes y soldados el immoderado apetito del rico botín. El del campo de batalla sirvió de cebo á la codicia del soldado; pero los caudillos, algo más avisados, se reservaron el de los castillos y el del territorio que consideraban conquistado.

La derrota del ejército musulmán fue tan grande, que el pánico se comunicó de aldea en castillo, con la celeridad del rayo, por toda la región del Tormes: merced á lo cual abrieron sus puertas ó se rindieron á los primeros embates los fuertes de Monleón, Tejada, Ledesma, Asmesnal y Almenara, con otras muchas torres y fortalezas moriscas al Sur y Sud-Oeste de Salamanca.

La tradición entre los musulmanes atribuye la salvación de los restos del ejército de Abderramán á los consejos dados al Rey de León por Omia-ben-Azen consejos sugeridos por el dolor y arrepentimiento que en éste produjo el espectáculo sangriento de la batalla y el desastre espantoso de sus correligionarios. El hermano del desdichado Wali de Santaren no conocía seguramente la implacable saña de los cristianos contra los enemigos de su culto, invasores de su territorio, y profanadores de los sepulcros de sus padres. Pero después de haber presenciado su incontinencia furor en el combate, le faltaba todavía presenciar su incontinencia después de la victoria, el ensañamiento con los vencidos, la insaciable codicia del caudillaje y el horrible abuso del triunfo. Este segundo espectáculo no se hizo esperar.

Si es verdad que el caudillo morisco no necesitó influir en el Rey de León para que el ejército victorioso no persiguiera al enemigo, pronto veremos que tuvo necesidad de emplear su influjo con Ramiro II, para poner límite á la desenfrenada codicia de sus capitanes y á la ferocidad y desmanes inenarrables de sus soldados. Estos, como aquellos, habían penetrado cautelosos en el territorio musulmán y corrido por él silenciosamente. Pero al evacuarle, después de la victoria, dejaron tras de sí una huella indeleble de sangre, de ruinas y desolación. Pueblos y castillos asolados, devastados los campos, poblaciones entradas á saco, mujeres violadas en presencia de sus padres, hermanos ó maridos; víctimas de crueles tormentos para que entregaran su escondida última alhaja ó su última moneda; esclavitud y desolación: lo que el hacha no había destruido lo aniquilaba el incendio.

Para demostrar lo inmenso que sería el botín de que se apoderaron capitanes y soldados de aquel ejército, bastará citar, entre otros análogos, este solo hecho.

Después de la rendición de Ledesma, un mercader judío se introdujo en la desolada población, á fin de rescatar de la cautividad las dos hijas de un morisco de alta posición, que milagrosamente se había salvado de la catástrofe. Las jóvenes moriscas habían tocado en suerte á un caudillo leonés, que se daba ya el título de Conde, y á cuyas órdenes estaba la guarnición de aquella fortaleza. El mercader logró penetrar en el castillo; se hizo conducir á las habitaciones del Conde y se anunció. Un soldado de guardia le condujo hasta un espacioso salón, cuya entrada custodiaban dos maceros armados de espadas y hachas y forrados de hierro. El Conde —que así le seguiremos llamando—se bañaba muellemente recostado en una otomana de damasco y pasaba su vista sobre el riquísimo mobiliario de la suntuosa estancia, cuyas paredes estaban cubiertas de preciosos tapices. Alrededor del Conde se veían muchas jóvenes moriscas en trenzas sus cabellos, unas, sirviéndole con los ojos en el suelo un succulento desayuno, recostadas otras en riquísimos divanes, y procurando cubrir sus rostros con sus blancos alfileres.

El judío saludó muy cortemente y el Conde sin moverse le preguntó cuál era el objeto de su visita. Sin preámbulo alguno contestó el mercader, que estaba autorizado para pagarle el rescate que pidiera por algunas de las jóvenes que le rodeaban. Sonriose el Conde y en buen castellano le dijo:

—Si es á eso á lo que vienes, ya puedes marcharte. Ni pienso ni quiero vender mis mujeres. Si deseas rescatar prisioneros, te enviaré á las mazmorras, y allí tendrás donde escoger cuantos quieras.

—No he venido á rescatar prisioneros ni deseo entrar en vuestras mazmorras—dijo el judío.—Me encuentro bien aquí, donde gracias á vuestra benévola protección, sé que nada tengo que temer. Si quisierais pedirme precio por alguna de estas jóvenes, veriais que no os lo regateaba. Vuestra boca sería la medida.

—¿Y qué tienes que ofrecerme?—le dijo el Conde.

—Oro puro en barras ó en buena moneda, y telas tan preciosas como raras—contestó el judío.

—Pues todo eso y mucho más—replicó el Conde—lo tengo yo, amigo mío, y en más abundancia que la que puedo apetecer.—«Fathme—exclamó—abre ese cofre y enseña lo que contiene á este perro judío.»

La joven alzó la tapa del cofre y comenzó á sacar escriños y sacos de plata y oro, en tal abundancia que, puestos, unos sobre otros, no sin trabajo por la morisca, formaron una especie de muralla delante del Conde.

—Aproxima ahora—prosiguió éste—aquellas piezas de tela. Y la joven comenzó á desarrollar piezas de brocado, de raso y de damasco en tanto número, que el judío deslumbrado y estupefacto declaró, que en comparación con aquellas riquezas era nada todo lo que él podía ofrecer al Conde.

—Pues tengo tanto de todo eso—añadió éste—que lo que tú puedes darme lo miro con desdén. Pero aun cuando no tuviese nada y se me ofreciera todo eso en cambio de esta preciosa niña, y dirigiera la vista á una de las moriscas reclinadas en divanes de terciopelo y de raso, te juro que ni por todo eso la cambiaría; porque además de su rara belleza es una de las hijas del poderoso Abenzoar antes poseedor de este castillo. Siendo de él la más querida, lo es ya de mí, y tanto, que ella ha de ser la madre de mis hijos. Puedes llevar á quien te envía esta buena nueva.

—El desconsuelo de su padre, Señor, se atrevió á decir el judío, ¿creéis que no contristaré el corazón de la hija?... y ¿que las torturas de ésta no amargarán las dulzuras de vuestras alegrías?...

—Sus abuelos—repuso el Conde—obraron del propio modo con las mujeres y las hijas de los nuestros. La fortuna y nuestro esfuerzo han hecho que se vuelquen los dados, y ya lo ves, tomamos la revancha. Pero todavía has de ver más. Nadja—dijo á otra joven que parecía abismada en dolorosos pensamientos y que poco á poco se iba retirando á un extremo del salón.—Nadja—volvió á decirle con el acento más dulce que pudo, aunque estropeando todo lo posible la pronunciación del nombre, —acercate.

—¿Véis—continuó, dirigiéndose al judío—esa encantadora joven? ella es otra de las hijas de Abenzoar; otra de las huries de este bello Edén; la que templaba los arrebatos de su padre, cuando se embriagaba—y no siempre de ira—la que extasiándole con su canto, le desarmaba ó le hacía dormir.

—Toma tu luth, Nadja—la dijo en chapurrado árabe—y muestra á nuestro huésped los sonidos melodiosos que sabes sacar de sus cuerdas, y el poder mágico que despliegan los acordes acentos de tu voz.

La hermosa joven se sentó junto al Conde y comenzó á templar su luth; pero sus rasgados ojos, que ya no podían contenerlas, dejaron escapar gruesas lágrimas que en vano quiso ocultar. Las enjugó furtivamente y á pocos momentos, con voz argentina y con una expresión inefable, en adagios llenos de melancólica dulzura y de un vigor que se parecía al entusiasmo, cantó las siguientes estrofas:

Huid de mí, recuerdos de grandeza...

Noble pecho al dolor no se doblega:

Es el valor un signo de nobleza:

El tiempo cambia, y la fortuna es ciega.

La palma del desierto, siempre altiva,

Rompe, pero jamás dobla su tallo;

Si la acaricia el céfiro, es esquiva;

Y es en vano que el simoun la avasalle.

Pero planta tan noble es generosa:

A quien más la respeta, más abona:

Y enseña, con su ejemplo, respetuosa,

Que sólo es noble y grande el que perdona.

El mercader judío escuchaba embelesado; pero á la par que su alma estaba fascinada por el efecto mágico de aquellos acentos tan vigorosos y tan sentidos, experimentaba un dolor profundo, por tener que dejar en manos del rudo y fiero Conde cristiano aquella joya de tan inestimable valor. Y cuentan las crónicas, que lo que más estupefacto tenía al hebreo era el presenciar el efecto que el cántico de la cautiva árabe producía en el guerrero cristiano. Porque á cada estrofa que aquella modulaba, vaciaba él en su estómago una ancha copa de buen Jerez ó de pastoso Málaga, y en su semblante retozaban la satisfacción y la alegría.

Pidióle el mercader permiso para retirarse, y se despidió con la duda de que el Conde hubiese comprendido la canción de Nadja y de que fuese sensible á los encantos de la música.

IV

Pero sobre el mismo campo de batalla y en sus inmediaciones presenció el desgraciado Omia ben Azan actos y depredaciones que le llenaron de horror, actos que influyeron poderosamente, para que arrepentido de su pecado volviese más tarde al regazo de su país y á la amistad de Abderramán III.

Desnudos y mutilados, aun antes de terminarse el combate, los cadáveres de los moriscos, cuando el rey de León dio orden de sepultar los muertos y prestar auxilios á los heridos de uno y otro campo, costó gran trabajo á Ben Azan el distinguir los ya desfigurados cuerpos de los khaydes y jeques muertos en la batalla. Fiel á su ley y á sus prácticas el caudillo bereber quería que se quemasen en piras separadas, proponiéndose conservar las cenizas de los más notables walies. Buscaba entre todos aquellos, con diligente afán y vivo interés el cadáver del generoso Al-Mondhyr; y la dificultad de descubrirle y reconocerle entre centenares de muertos y de moribundos, hizo que no pudiera retirarse del campo para ir al lado de Ramiro II hasta bien entrada la noche.

Mientras tanto el rey de León, noticioso de la tenaz resistencia que al amparo del castillo de Alkhandech oponía un cuerpo de caballería é infantería árabe á las órdenes del wali de Zaragoza, había acudido presuroso al lugar de la pelea con sus gallegos infatigables y sus bravos leoneses.

El sol ya en el ocaso doraba apenas con la amarillenta luz de sus débiles rayos las almenas del castillo, en las que ya no se descubría un solo defensor en disposición de disparar una flecha. Tantos y tan certeros habían sido los tiros de los cristianos. Pero en ese momento viose una mujer en el alto del Castillo, mal cubierta con un chal de cachemir, blanco como el ampo de la nieve, que desprendiéndose de los brazos que querían contenerla, recorre como una sombra los baluartes dirige sus miradas á los cuatro puntos del horizonte, las fija despues en el campo de batalla y cubre su semblante con sus manos alabastrinas. De repente alza su cabeza, vuela al Torreón de la atalaya y desdoblado un negro crespón en forma de bandera, lo ata en el asta á cuyo extremo quebra la media luna de plata los últimos rayos del sol.

Aquella fatídica figura, en lo más alto del castillo, proyectando una sombra gigantesca sobre el valle y la ensangrentada ribera de Alkhandech, no pudo menos de llamar la atención del rey Ramiro, que subía entonces á galope la cuesta del alto cerro sobre que se asentaba el castillo, cuyos combatientes quedaron no menos sorprendidos, y tan fascinados, que ni un solo arquero fue osado á disparar su flecha. ¿Era lo que habían visto una hada? ¿Era una visión... una sombra?... ¿O era de verdad una mujer, y una mujer joven y hermosa como lo parecía?... Unos á otros los soldados cristianos se miraban estupefactos, se preguntaban, y cada uno era de distinto parecer. Pero visión, diablo, sombra ó mujer, el hecho visible era, que sobre la atalaya del castillo ondeaba la bandera negra.

—Pero si dentro del castillo—decían unos—no hay soldado sano, ni jefe alguno que se pueda tener en pie!...

—Vamos—decían otros—ese castillo es algún nido de brujas ó de magos encantadores, y será preciso prenderle fuego.

—Sí, si—gritaron los más montaraces,—el humo hará salir á esos lobos de su madriguera.

—Eso sería bueno—dijeron los más avisados,—si no defendiera las puertas y los rastrillos esa legión de demonios, que parece dirigida por el mismo Belcebú en persona.

—¡Santiago y á ellos!—gritó á este tiempo la escolta del Rey de León que desembocaba en la meseta frente á la barbacana; y una nube de flechas y de piedras cayó sobre los ya mermados encuadrados de Abul-Hassán. Viéndose estos diezmados y acorralados, arrancan de los baluartes, como una avalancha que se desploma, y con su jefe á la cabeza se lanzan procurando abrirse paso sobre las densas masas de infantería que por todas partes los cerca; pero la caballería cristiada les sale al encuentro, y se entabla sobre la meseta del castillo y en derredor de él una lucha desesperada y sangrienta. La infantería estrecha el cerco que sirve de palenque á aquel puñado de valientes, cuyos caballos apenas pueden ya revolverse entre montones de cadáveres y de heridos. Desangrado y exámine cae muerto el alazán que monta Mahomet. Vuelan en su auxilio los más próximos y generosos de su ya exigua escolta; pero un gineco leonés pónese al pecho su espada y le intima la rendición. Reconoce en él al Rey Ramiro, y conteniendo con un ademán el ímpetu de los suyos:

—Soy tu prisionero—le dice—cúmplase la voluntad de Dios.

—¿Y los tuyos?—le dice Ramiro.

—Vélos ya echando pie á tierra. Mi señal ha embotado sus lanzas y se dejan matar.

El Rey dió instantáneamente orden para que cesara el combate; mandó dar un caballo enjaezado á Abul-Hassán, y que no se causara mal alguno á los prisioneros.

V

Tendía ya la noche su oscuro manto y una niebla formada del polvo y de los vapores que se levantaban del valle y las laderas de Alkhandech envolvía el castillo dándole un aspecto fantástico, que unido al espectáculo aterrador que presentaban sus contornos sembrados de cadáveres y de heridos, y junto con el recuerdo de la misteriosa hada ó magnánima mujer que había osado enarbolar bandera negra sobre el alto torreón de la atalaya, á presencia de casi todo el ejército cristiano, servía para infundir en el ánimo de los soldados, no digamos temor, pero sí supersticioso asombro, y como cierto respeto mezclado de curiosidad.

Todo esto, mas que el cansancio y la fatiga, y más que la necesidad y aún que el deber de prestar auxilio á los heridos y moribundos, había hecho que todo el mundo, infantes y ginetes, se mantuviesen á respetable distancia de los muros y de las puertas del castillo, apesar de que, ni en sus almenas, ni en sus troneras, ni en sus baluartes se distinguía un solo defensor. Pero de improvviso, una llamarada de fuego entre una densa nube de humo mostró á todo el ejército cristiano, que de lo interior del Castillo se le había puesto fuego, y que era ya presa de las llamas en todos los pisos y por todas direcciones.

A la general y unísona exclamación de sorpresa, suceden las voces de mando y los golpes de las hachas; unos piden agua, otros llevan espuelas de tierra, y en medio del azoramiento y de la confusión de los primeros momentos; no ven que por una de las poternas que dan al Norte, salen uno á uno hasta seis ginetes moriscos, con albornoces del mismo color, que les cubren de los pies á la cabeza. Cuatro de ellos llevan lanza, alfanje y adarga, y una vez fuera de la poterna, se colocan á vanguardia y retaguardia de los dos ginetes desarmados y se ponen en ordenada marcha, despreciando los gritos de alarma y bien seguros de que ni ginetes ni infantes de los que rodean el castillo están en disposición de darles alcance. En efecto, los corceles que todos seis montaban, abrían sus narices para ensanchar más y más sus pulmones. Eran de pura raza, colaterales, si no descendientes en línea recta del famoso Aiborath. El seguirles fuera intento vano.

Pero si el darles alcance era imposible, el tropezar con obstáculos no era ni siquiera difícil; y eso les sucedió. Habían descendido la cuesta, salvado un arroyo y seguían en dirección Norte los contornos de un valle afluente del Alhándega, cuando de frente y por los flancos se vieron casi cercados por una gran masa de caballería enemiga. Los cuatro ginetes armados, viendo que la fuga, si no imposible, era más peligrosa que la resistencia, enristran sus lanzas y se colocan en actitud de embestir; mas una exclamación súbita y mal contenida denuncia á dos mujeres en los dos ginetes desarmados. Cambian con aquellos algunas frases árabes y se disponen á volver grupas para emprender la fuga por donde les deparase la fortuna. Pero el jefe de la caballería enemiga, que á gran trecho delante de su hueste, ha podido oír la exclamación de las dos mujeres y que quizá ha sorprendido en sus frases el misterio que encierra el grupo de los seis ginetes moriscos, parte veloz como el rayo á su encuentro, y antes de llegar á ellos les grita en árabe puro:

—¡Deteneos! no temáis. —Y colocándose frente al grupo, en ademán bastante á tranquilizar á los más recelosos, les añade:

—Si sois creyentes escrito está: «El que matare á un hombre fuera del combate, será responsable de la sangre de todo el género humano. El que salvase la vida de un hombre, será merecedor de igual recompensa que si hubiere salvado á todo el género humano.»

—Toda nuestra sangre y nuestras vidas—contestole uno de los cuatro armados ginetes—hubiéramos dado gustosos por la de uno solo de aquellos que yacen para siempre en esa ribera.

—No hay que decir que los que dan sus vidas por la causa de Dios están muertos; vivos están y recibiendo su alimento de la mano del Todopoderoso—repuso el Capitán.—Mas, ¿cómo sabeis que yace sin vida aquel por quien hubiérais dado las vuestras?

—Si un soplo de la suya le quedase al generoso Al-Mondhyr... su mujer y su hija no se vieran ahora á merced de sus enemigos.

—¿Qué es lo que dices?... ¿Será posible? ¡Dios sea bendito! Estoy remunerado. ¡Leila! ¡Sofía! Si, mi corazón me dice que no me engaños... no; no me engaños. ¡Leila! ¡Leila!... dadme que bese vuestra mano. Soy Aben-Azán, vuestro deudo, vuestro amigo, vuestro protector al presente. ¡Por dulce que para mí fuera otro nombre!... vuestro justo dolor me obliga á desearlo y no decirlo.

Los sollozos de las dos mujeres interrumpieron al enamorado caballero, el cual, para calmarlas, pronunció á su oído algunas frases en voz baja. Se retiró en seguida para dar la voz de ¡alto! á su escuadrón de musulimes auxiliares, y volviendo al lado de la esposa é hija de Al-Mondhyr, violas, los alquiceles alzados, más tranquilas, aunque en sus semblantes retratados el dolor y la conmoción.

—Será por poco tiempo, pero debemos separarnos

aquí—las dijo Aben Azán—una escolta de toda mi confianza, os acompañará con orden de no abandonaros, para evitartodo descuido de su parte y para mi tranquilidad. Id á toda brida, para que el sol nos os pueda ver á caballo. No entréis en la ciudad, pero dad aviso á vuestros amigos. Que estén tranquilos y confiad en mí.

—Tal era nuestro propósito, Aben-Azán—dijo la desconsolada viuda de Al-Mondhyr;—dirigirnos á la Valmuza y que no pudiese saludarnos la aurora fuera de nuestra casa, que es inútil deciros que es la vuestra.

—Allah os guarde—las dijo Aben-Azán.

—Allah os ilumine y os guíe de hoy más por mejor camino—le contestó Sofía con marcada intención.

—Las hormigas se defienden y hasta el escarabajo se venga, hermosa hija del Tormes—repuso sin ser dueño de sí mismo el árabe auxiliar de Ramiro II.—No se maltrata impunemente á la noble raza de Omia. Mas perdonad; no hablemos más de esto por ahora. Los hijos del Hedjaz saben sacrificarlo todo en aras de su ley y de su...

Leila no lo dejó concluir. Le tendió su mano en la que el árabe se apresuró á imprimir sus labios. Sin preferir una palabra, Leila le dirigió una mirada llena de confianza y de melancólica dulzura y dió espuelas á su corcel. Pero la magnánima viuda de Al Mondhyr se volvió para Aben-Azán y le dijo:

—Si; la venganza en ocasiones es santa. ¿Ves aquellas nubes de humo que rasgan á intervalos llamaradas intensas? A falta de otra pira, mis manos han levantado esa á Al-Mondhyr.

Me has prometido sus cenizas; ¿debo fiar en que serás el portador?...

—Noble hija del Tormes: ya conoces á los hijos de Al-Scharyyah (a). Busca el piloto en noche tempestuosa la estrella del Norte. El acero va en pos del imán. Mi alma busca también su Norte, y mi corazón late al compás de vuestros pasos. Mi promesa es una deuda sagrada. Me faltará la vida ó pagaré aquella bien presto.

Y como las lágrimas volvieron á asomarse á los ojos de las dos mujeres, se acercó á ellas y las dijo con el fervoroso tono de un creyente:

—Cuando Djafar cayó muerto en el combate al lado mismo del profeta, lloraban sus amigos; pero aquel se volvió á ellos y les dijo: No lloréis por Djafar, musulmanes; su suerte es digna de envidia. Dios le ha dado dos alas y recorre la inmensidad de los cielos. También Al-Mondhyr ha recibido el premio del sacrificio. Nos mira desde el cielo y nos protege.

Mostró en seguida á los cuatro ginetes el camino que debían tomar; destacó en pos una escolta que él mismo escogió, dando órdenes al jefe; y al frente de su escuadrón se dirigió al trote hacia la inmensa nube de fuego y de humo que señalaba el castillo de Al-Kandech.

T. R. PINILLA.

LA CRUZ DEL CAZ

I

Entre los hermosos alrededores del pueblo de Villapanoja, ninguno para mí tan pintoresco como cierto camino sombreado por dos hileras de gigantescos olmos que hacían de él, en las tardes estivales, un agradable sitio de paseo, si bien algo melancólico para los que no gustan de la soledad apacible de los campos. Por fortuna, no todos los habitantes de Villapanoja participaban de mi opinión, y mientras yo con un libro, que nunca abría, bajo el brazo, y el ánimo libre para volar á su antojo por los mundos imaginarios gozaba á mis anchas por aquellas soledades, las familias acunadas se esparcían como un aluvión por las eras del pueblo, y era de ver el afán con que las señoritas trillaban, muy al gusto de los labriegos que en tanto empuñaban la bota á la sombra, sucediendo que, inexpertas en conducir las yuntas, no pocas veces rodaban las muchachas por la parva de la que se levantaban llenas de paja, con gran contento de los galanes que á mandíbula batiente se reían. En otras ocasiones esparcíanse por las huertas las alegres turbas, y ellas y ellos se entregaban con fruición á las faenas campestres, lavando la hortaliza en las charcas, desgranando las panojas del maíz, ó amasando en las artesas la comida de los cerdos. Ajeno á estos bucólicos placeres yo solo visitaba la calle de olmos. Unas tardes llegaba hasta el final del paseo donde se alzaba suntuoso palacio señorial, por milagro y contra las costumbres rurales, no objeto de leyendas sin número, si

(a) El Oriente.

que, sencillamente propiedad de un título residente en la Corte. Otras veces dirigía mis pasos por la izquierda de la calle, internándome en espeso monte bajo poblado de carrascas, fresnos, robles y pinos. En ocasiones llegaba hasta la margen del río, que bordado en ambas orillas de añosos álamos corre á un cuarto de legua de la población. Por lo general, en estas excursiones servíame de itinerario tortuoso canal, el Caz, como en el país le llaman, que arrancando del río surte de agua á la villa de Villapanoja.

Una tarde regresaba de mi excursión favorita siguiendo la orilla del Caz, cuando me sorprendió un espectáculo nuevo, y eso que con tanta frecuencia y detenimiento visitara yo cotidianamente tales sitios. No era otra cosa la que mi curiosidad excitara que tosca cruz de madera ceñida en su pie por juncos y helechos, y que, besada por las ondas, parecía surgir entre limo del seno mismo del agua. Conociase que la cruz llevaba algunos años vecina del Caz, pues casi estaba destruida por la humedad y por el tiempo. Motivo era éste suficiente para hacerme forjar en mi imaginación cuentos á destajo; forjándolos seguí mi caminata y forjados á mi capricho más de uno; en cuanto aquella noche avisté al Maestro de escuela de Villapanoja, amigo mío, me fui derecho al asunto, y exigí que me refiriese el suceso que motivara la cruz que yo había visto orilla del C. z.

Providencialmente di, como suele decirse, con el dedo en la llaga, y el Maestro me contó lo que yo no esperaba, su historia, que era ni más ni menos, que la de la cruz y ambas como sigue:

II

Veinte años atrás era Villapanoja un pueblecito que por su insignificancia no había merecido aún los honores de que su nombre se estampase en el mapa de España; pero el lugar existía á pesar de la soledad y aislamiento que le rodeaban, y hasta creemos que sin importarle un ardite tal descortesía por parte del ramo estadístico-topográfico. Un centenar de malas casuchas constituían la población en las que se albergaban las familias de los labradores, forzados por su destino á vivir en aquellos andurriales, aislados del resto del mundo. Con estas condiciones no es de extrañar que la villa careciera de Médico, á quien en casos de apuro era preciso ir á buscar á otro lugarjo distante de Villapanoja dos horas y media; que no tuviera más que un cura de prestado, que desde Dios sabe dónde venía al lugar á decir misa todos los domingos, y que por toda botica contaran los honrados vecinos del pueblo con cuatro yerbas y ocho potingues, amen de varios tarros de jaropes, en el común sentir de los maliciosos compuestos con agua de pozo y azúcar. Por no sé qué milagro estaba dotado el villorio de humilde capilla que abajo no se venía, gracias á consideraciones del viento que la respetaba. Y sin embargo, Villapanoja dábale tono muy ufano porque contaba con una institución notable: la escuela, y con un hombre importante: el Maestro.

Centro de tanta monta en lugar de tan pocas pretensiones, no dejara de ser acontecimiento digno de tenerse en cuenta, si la escuela hubiera respondido á los fines para que se crearon en el mundo, y el Maestro hubiera sido capaz de enseñar algo que para el día de mañana aprovechase. Pero ni la una ni el otro picaban tan alto en Villapanoja, y la escuela se contentaba con albergar á los chicos para que dejasen en paz á sus padres, y el Maestro se daba por muy satisfecho con que sus discípulos, aunque nada aprendiesen, le llamasen profesor á dos carrillos.

El piso bajo de la Casa Municipal ocupaba la escuela, distribuida en habitaciones particulares del Maestro y sala de clase, en la que los muchachos habitaban durante las horas reglamentarias de clausura. Tres mesas de pino con tableros pupitres para la escritura enlazados por travesaños á los asientos, eran los muebles de más viso en aquel recinto sagrado de la enseñanza, y para eso los tinteros

de plomo casi habían perdido su forma en abolladuras, las plumas de ave poco menos se encontraban que peladas, y bancos y mesas parecían a primera vista de ébano por la capa de seca tinta que las cubría. Varios carteles de combinaciones silábicas, hechos á mano por el Maestro; un hule grasiento con humos de encerado, sujeto con cuatro clavos en el tabique; un lienzo de fondo oscuro en el que se destacaba algo á manera de figura que bajo palabra admitiríamos como la imagen de la Virgen, amen de dos cuadros con las oraciones de entrada y salida, decoraban las paredes de la escuela. Presidiala, por último, el sillón de alto respaldo con el pelote del asiento escapándose por los girones de la tela, y la mesa de pino del dómine, en la que descansaban siempre, á manera de trofeos, enorme tintero de plomo al que servía de guarda-polvo la salvadera de loza ordinaria puesta en cima; verde cartera de badana depositaria del papel rayado para planas, y un vaso con agua en la que remojaban sus puntas lácias plumas virgenes aún de la navajita. Rodaban sobre la mesa el pañuelo de yerbas, la tabaquera de cuerno, las antiparras y otros adminículos que el dómine olvidaba todas las tardes para no tener que acordarse de traerlos al abrir la clase por las mañanas.

Si característica la escuela, no era menos su regente, seco y juanetudo señor de rostro huesoso, en el que resaltaban, á manera de tres colinas de áspera cordillera, las narices y los pómulos, que allá en el fondo dejaban ocultos los saltones ojos, brillantes como los del gato en la oscuridad de una cueva. Espeso y abundante bigote de erizadas cerdas bordaba el labio superior del pedagogo, tal vez queriendo compensar su prodigalidad la escasez de cabello que á guisa de peregril mal sembrado en el limpio y reluciente cráneo del dómine, salía raso y enmarañado por la presión del indispensable puntiagudo gorro de lana. En general, el semblante del Maestro era apacible y campechano por más que para las ocasiones reservaba su gesto de vinagre. Por la mirada viva é inquieta asomábasele el carácter úrgalo todo y presto como el ratón. En cuanto á la parte accidental, hasta cierto punto, de la persona del Maestro, no dejaba de tener algo digno de mencionarse. En el verano le encontrábamos siempre en mangas de camisa y materialmente perdidas las piernas en amplio pantalón blanco de hilo, que el pobre señor compró en la capital de la provincia en tiempo de feria. Durante el invierno vestía nuestro hombre de paño burdo, y sobre la ropa encajaba, á manera de refuerzo, cómoda sotana de negro raído paño.

Porque el Maestro abarcaba más de una ocupación y desempeñaba á la vez varios destinos de transcendental importancia y viso. Como persona *leída* hacía en el Ayuntamiento de Secretario y él, inspirando al Alcalde, se puede decir que manejaba el gobierno del pueblo. Con lucimiento y contento de todos, ayudaba en calidad de sacristán al cura que venía á decir misa los días festivos, y el Maestro amasaba las hostias, guardaba la cera, preparaba el incensario y tocaba á misa. Otra de sus habilidades era la de albeitar, porque allá en sus mocedades fué herrador de un regimiento de caballería, y aún guardaba en la mollera á pesar de sus años, el modo de curar los esparabanos, el muermo y los lamparones. Y solía suceder que en casos de mucho aprieto, como el Médico vivía lejos, al sentirse enfermos de improviso los vecinos, se entregaban confíalos en manos del dómine enciclopédico. Últimamente ejercía de memorialista, sirviendo de amanuense á mozas y mozos, escribiéndoles y leyéndoles las cartas que entre ellos se cruzaban y que el pendolista procuraba alargar lo posible, para que más le produjesen. Por estos y otros servicios, aquellas sencillas familias de labradores veneraban á su Maestro, y aunque le pagaban tarde, mal y nunca, no se olvidaban de enviarle las primeras patatas y garbanzos que se arrancaban, y los primeros embutidos que durante la matanza se hacían. Gracias á estas atenciones iba saliendo el Maes-

tro de apuros como Dios le daba á entender respecto á la subsistencia, que por lo que tocaba á la enseñanza no era materia capaz de quitar el sueño al pobre D. Epifanio, que así el Maestro se llamaba. Mal sumar, restar, un poco de multiplicar, nada de dividir, leer de corrido, ver-laderamente corriendo y sin sentido en los libros y á tropezones en los manuscritos. Estas eran las habilidades que D. Epifanio enseñaba, y esta la suma de conocimientos que sus veintitantos discípulos aprendían en fuerza de palmetazos y azotainas.

Pero si corto de alcances, no tenía precio el corazón del honrado pedagogo, que en la miseria ó poco menos, enseñaba gratis á cuatro ó seis chicos, y nunca reclamaba los honorarios, así le hicieran falta. Jamás maltrataba brutalmente á los muchachos, si bien les atemorizaba con el gesto, y aunque en tiempo de canícula no suele haber clases por las tardes, él consentía en tenerla privándose de la siesta, con tal de que descansasen los vecinos que de comer le daban, en tanto los chicos permanecían en la escuela. Solo de una cosa se quejaba el dómine de la soledad, y la Providencia vino á darle un compañero que estaba muy lejos de aguardar D. Epifanio.

II

Una mañana, atravesaba la plaza del pueblo un chicuelo como de diez años de edad, sucio y desarrapado, muy á la ligera vestido, con remendados calznes á los hombros sujetos por sogas á manera de tirantes, y vasta y amarillenta camisa hecha girones. El pobre no se permitía el lujo de zapatos, y sin embargo pisaba sobre las piedras como si de blandas alfombras se tratase. El aspecto del niño era fatigoso; su andar indicaba el cansancio, y sus ademanes intranquilos, señal de que el mozo, presa del miedo caminaba. El rostro del muchacho no era muy bello que digamos; pero su cutis curtido del sol, el sudor que le bañaba las mejillas y los ojos con expresión de susto, hinchados los párpados por el polvo, no permitían juzgar de repente la mayor ó menor corrección de las facciones.

Continuaba sin pararse, cuando un ruido que venía de la escuela le hizo detener el paso y mirar, y sin duda le fué agradable lo que vió, porque apretó á correr como alma que lleva el diablo metiéndose de sopetón en el aula. Su entrada causó no poca sorpresa entre los estudiantes; pero como en la primera edad pocas palabras bastan, pronto se entendió con los chicos y con ellos tomó parte en la fiesta que la atención le llamara tan á lo vivo.

Sin duda se le habían pegado las sábanas á á D. Epifanio pues aún no había bajado á su clase. Los veintitantos chicuelos que de ordinario la frecuentaban iban llegando con mesura, y al notar que el Maestro no se encontraba en su puesto, contra su costumbre, tiraron los cartapacios de badana, guardáronse la gorra entre los calzones y la blusa, y á la carrera acometieron las mesas como si de tomar un baluarte se tratara. Después, unos se pusieron á gastar la tiza pintando en el encerado monos con el nombre del Maestro; otros entablaron descomunal pelea á pelotillazos de papel; quien, más ingenioso, sacó un tintero del alveolo que lo sujetaba, y por el hueco asomó dos ó tres muñecos de papel blanco que se dieron de coscorrones en el improvisado escenario, en tanto el chicuelo hablaba por ellos con voz gangosa; este subióse á una mesa, ató la correa de los libros á otra y empezó á tirar de ella haciéndose la ilusión que conducía un carro; cual propuso á los demás jugar á la *mosca* y unos sobre otros se montaron, apoyándose en los bancos que perdieron su alineación con tales embestidas; en tanto no faltó quien se entretuviese en trastornar los utensilios de la mesa presidencial, sonándose el revoltoso estudiante con el pañuelo del Maestro, escondiéndole las antiparras y echándole polvos de secar en la tabaquera. También el mal compuesto muchacho que en la escuela se introdujera, desempeñaba su papel en aquellas diversiones, y no era de los que menos alboroto armaban.

Quando la turba se entregaba con más desenfreno á sus juegos, oyose cercana tos-cita seca y la puerta se abrió apareciendo en el dintel el buen Maestro. La consternación fué general, y sin saber por qué partido inclinarse, cada uno de los chicuelos se quedó en la postura que les cogiera la súbita aparición de Don Epifanio. Los del encerado, con el yeso en la mano, el brazo en alto y los monigotes con el nombre del Maestro al descubierto; los de la *mosca* en apretado grupo, tan medrosos los ginetes como los que les servían de cabalgaduras; el de los muñecos con los brazos metidos en el cajón de la mesa; el que guiaba su carro, perdidas las riendas y sin atreverse a bajar por temor de derramar el tintero, y el que en el sitio presidencial enredaba, haciéndose el distraído para mejor disimular su travesura.

El dómine restregose los ojos como quien ve visiones, y después de un instante de muda contemplación, se dirigió en silencio á su asiento. Una vez en él, lo primero que se le ocurrió á D. Epifanio fué buscar las antiparras entre los mamotretos que obstruían la mesa.

—¡Ah... Oh... Eh... —exclamó el pedagogo en distintos tonos, cada vez más biliosos—Está bien... No me parece mal... ¿Motincito... eh... motincito? ¿Conque todo revuelto y todos danzando como legión de diablos?... ¿Pero dónde estarán mis anteojos?... ¿Saben ustedes, caballeros, que parece esto el campo de batalla de los ammonitas cuando David pone sitio á... á... ¡nunca me acuerdo de estos nombres tan raros!... ¡Ya les daré yo á ustedes los juegos!... ¡demonio de gafas!... Son ustedes los barbaros del Norte... del Norte... Nunca me sucede esto con los catalejos... ¿Se han convertido ustedes en estatuas?...

—¿Quién ha sido el causante de tal bulla?... Usted, Sr. Miguez, bájese de esa mesa y contésteme.

El aludido, precisamente el que se figuraba ser un carretero, descendió de la mesa mohino y cariacontecido y balbuceó medio gimoteando dos ó tres palabras incoherentes.

El Maestro, que renunciara á encontrar las gafas, sorbió un polvo de la tabaquera sin notar la adulteración del tabaco. Únicamente al adherirse á la nariz los polvos de secar, la sensación le obligó á decir medio entre dientes y con airado acento:

—Uf... ¡cada vez más terrible el rapé!... ¡Maldito contrabando! ¿Conque no tiene usted por conveniente hablar Sr. Miguez?... ¡Hola!... ¡hola!... ¡Señores saltimbanquis!... ¿Tenemos, pues, complot? Bien... Voto alchápiro, yo destruiré esos intintos revolucionarios!... ¿A ver? ¿quién ha sido el inventor de todo esto?... Burr!...

Entonces, amedrentados los niños, cuchichearon entre sí, y de común acuerdo echaron toda la culpa sobre el chicuelo que de rondón se introdujera en la escuela. El muchacho tuvo tentaciones de huir al escuchar esta acusación y al notar que el Maestro, que antes no le había visto, le miraba ahora de hito en hito.

—¡Pestes!—dijo D. Epifanio, con un palmo de boca abierta por la sorpresa.—¿Conque este mocito es el inventor de todo esto? ¿Pero señor! ¿quién es este muchacho? De fijo no es de la aldea, porque yo no le conozco. A ver, arrapiezo, venga usted acá... acérquese sin miedo, hombre, que no me como yo los chicos crudos, como un diós de no sé donde hacia.

El muchacho se acercó temblando, y rompiendo á llorar, balbuceó con voz compungida:

—Yo no he sido, señor; cuando yo entré ya estaban ellos jugando.

—¡Eh! vete á la porra—repuso con enfado el dómine, apeándole al chico el tratamiento.—¿Quién se ocupa de eso?... Ya sé yo que mis discípulos son unos bellacos, y que no necesitan de tí para insubordinarse... ¡Como que yo me las trago tan así!... Pero, y tú, criatura, ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? Con ese aspecto tan cansino... tan derrotado... Contesta, hombre, contesta; no tengas miedo. Ya ves que no soy de la guardia civil, y nada malo puede acontecerte porque me respondas. ¿Cómo te llamas?

—Mingo —repuso simplemente el muchacho.

—¿Eh?... ¿qué es eso? ¿cómo se come eso? Vaya un nombre de perro.

—Pues así me llama todo el mundo.

—Pero será un diminutivo, un mote; justo, un mote. Aquí en el pueblo le nombran igual al hijo del tío Jobe, á Domingo. ¿Y tu apellido?—dijo bruscamente el dómine, terminando su monólogo.

—No lo sé—respondióle el chicuelo.—Yo atiendo por Mingo á secas.

—No seas bodoque, criatura. A ver, ¿quién es tu padre?

—¿Mi padre?—y el niño quedó suspenso, encogiéndose después de hombros.

—Parece que te he dicho alguna barbaridad; te has quedado como los santos de Francia. ¿No tienes padre?

—No señor.

—¿Y madre?

—Tampoco; soy solo en el mundo—murmuró el niño tristemente.

—¿Cómo! ¿Ni padre, ni madre, ni hermanos, ni parientes!...

—No señor.

—¿Pero es posible, cordero de Dios!... Pobrecito; ven aquí y siéntate... ¿Cómo te mantienes? ¿cómo vives?... ¿Pero señor, si no es posible!... Vamos, siéntate y habla.

Obligado á sentarse el pobre desamparado, lo hizo con alguna confianza, al observar el cariñoso acento del Maestro. En cuanto á éste se volvió todo oídos, y los discípulos se dispusieron á escuchar á su vez muy alborozados, porque mientras las orejas funcionaban, ojos y manos estaban quedos, y plumas y libros en olvido.

—Pues mire usted, señor—dijo el muchacho, después de una pausa:—No recuerdo nada de ayer; no sé quienes fueran mis padres, y hace mucho tiempo que vivo solo. Cómo lo que me dan de limosna; en la Corte, el rancho sobrante de la tropa; en la posada, lo que nadie quiere, y que de no aprovecharlo yo se tiraría. Me visto de lo que otros desechan, y duermo, durante el verano en los árboles como los pájaros, y por el invierno en los quicios de las puertas. Pero también trabajo; he sido arenero, y además me dedicaba á tener los roncales de las caballerías, mientras sus dueños comían en los figones; así he sacado alguna propina. Otras veces bajaba talegos de ropa al río. Esta era mi vida en Madrid, me cansé y la abandoné. Cuando un sitio me fastidia, un pie tras otro me largo; y mire usted, nunca me ha pasado nada. Pero crea usted que, como ya soy más grandecito, quisiera otra cosa; hacer lo que esos hacen, tener zapatos relucientes como ellos...

Y el niño, al pronunciar estas palabras, señalaba á los discípulos de D. Epifanio.

Este estuvo á punto de soltar á llorar, con gran escándalo de los chicos. Sólo pudo decir, balbuciente:

—Pobre soy; pero compartiremos la pobreza... ¿Quieres vivir conmigo, criatura?

—Si señor... si señor—contestó el interrogado con júbilo.—Así me trataré con ellos... Pero... ¿con qué voy á pagar á usted?... Yo no tengo dinero...

El dómine no contestó nada, porque hablar no podía; hizo un esfuerzo, se tragó sus lágrimas, y para mejor disimular lo que por él pasaba, puso un gesto más avinagrado que nunca, y endosó unas catilinarias tan tremebundas á sus discípulos, que los dejó temblando de miedo.

IV

Desde aquel día no volvió Mingo á separarse de D. Epifanio. La aventura corrió por el lugar como un relámpago, y todo fueron lenguas, dires y diretes; pero como al cabo, á nadie le importaba que el Maestro hiciera de su capa un sayo, concluyó la gente por olvidarse del asunto. Al poco tiempo fué adoptado legalmente el muchacho, acción tanto más heroica y sublime, cuanto que el pobre dómine apenas si cubría los gastos indispensables, estirando á más no poder la paga.

No tuvo que arrepentirse D. Epifanio de su generosidad y hasta de su quijotismo, como algunos vecinos del pedagogo calificaron sus caritativos sentimientos. Mingo olvidose de su vida nómada, anegó sus instintos de independencia y, ¡cosa rara en quien se ha criado en la libertad más completa! no se le hizo dura la vida metódica que el Maestro le impuso. Sobre todo al verse vestido en cierto modo de nuevo, pues D. Epifanio sacrificó para ello su traje menos usado, y en el invierno, al encontrarse con alegre fuego y blanda, aunque no suntuosa cama, el mocito se acordó de sus frios pasados, y más que nunca se prometió á sí mismo dar gusto en todo al que tan bien le trataba. Por añadidura, Mingo no era tonto y dócil á las lecciones, aprendió en seguida todo lo que en la escuela se enseñaba, lo que causó las delicias del pobre regente. Tan buen carácter y aptitud tan marcada, encantaron á D. Epifanio hasta el punto de que sólo por los ojos de su ahijado veía. Transformose el aula, y de sombría que era, tomó alegre aspecto, merced á seis ú ocho jaulas, en las que alborotaban los ruiseñores que el muchacho atrapara con liga. El cuarto particular de D. Epifanio bien parecía un museo zoológico, pues en él se albergaba cuantas clases de aves domésticas se conocen (en aquellos sitios, se entiende) y multitud de plantas de diversas clases, de todo lo cual cuidaba el muchacho, en extremo aficionado á la Historia natural, con gran contento de Don Epifanio, que presentaba un sabio en su ahijado. Y éste, cada vez más satisfecho de sus exiguas comodidades, y aquél cada vez más gozoso de su adquisición, ambos pasaban la vida como en un paraíso.

El chico iba creciendo, pronto cumpliría quince años y era cosa de pensar en su porvenir. Esta espina vino á amargar la ventura del buen Maestro. ¿Qué hacer? Mingo, ni por su físico ni por la educación recibida, podía dedicarse á las faenas del campo; no las hubiera resistido. ¡Aquellas manos que tan bien manejaban la pluma, encallándose con el peso del azadón! ¡Nunca! Pero, ¿y entonces? Las ocupaciones del pueblo reduciéndose únicamente á la labranza. Era preciso echar por otro atajo. ¡Si yo pudiera—decíase D. Epifanio—larle á Mingo estudios! ¿Pero dónde? ¿Con qué? ¿Si no tengo un cuarto!—Sin embargo, la idea germinaba y el dómine la daba vueltas en el magín sin acertar á resolverla.

Todas las noches, en cuanto Mingo se acostaba y roncando como un canónigo daba á entender que dormía, levantábase de puntillas su protector; se ponía los pantalones, una chaqueta y el gorro, desalojaba á oscuras la alcoba, y fuera ya de ella encendía la candileja, bajándose con precauciones para no mover ruido al salón de la escuela. Sentábase ante su mesa, y sacaba del cajón amarillento papel con más números que una tabla de logaritmos; después, el dómine poníase á trazar cifras como si le faltara tiempo, hablando á solas y gesticulando sin darse cuenta de ello. Así permanecía dos ó tres horas. Una noche debieron salirle bien los cálculos, porque se frotó las manos con júbilo, y exclamó al par que arrojaba la pluma:

—Eso es, sí; ya está todo corriente. Ya tenemos comida y alojamiento. Vamos á ver... despacito... casa... la de mi amigo el Maestro de la ciudad; es una persona consecuente. Emolumentos; Mingo irá para limpiar la clase y ayudarle en lo que pueda; es una obra de caridad. Le dará sólo la comida, y gracias. Libros y matriculas y ropa... diablo... diablo. Nada, me quedaré yo sin ello... Le arreglaré el único traje nuevo que tengo para cuando el Inspector visita la escuela. Y dos de mis camisas... ¿Para qué quiero lujo, si ya me estoy muriendo?... En cuanto á la comida, me mantendré con lo menos posible... A ver, á ver. Por la mañana el desayuno, bien: un poco de pan y queso; al medio día, unas sopas y los garbanzos de siempre, suprimiré la carne; por la noche patatas guisadas... Justo... ajaja... resuelto el problema; digo, y hasta creo que de cuando en cuando podré enviar á Mingo algún chorizo de los que me regalan los padres de mis discípulos...

¡Yo no sé, pero me he quitado de encima un peso!

Aquella noche no pudo conciliar el sueño D. Epifanio pensando en la manera de dar la noticia de su resolución á su ahijado. Llegó por fin el momento, y el dómine sentía anudársele la garganta y así como trabazones en la lengua. Pero de nada servía demorarlo, dando lugar esta timidez á que, queriendo decirlo con mucha política, lo soltó de sopetón bruscamente. No dejó de sorprenderle al mozo la noticia, y al principio la rechazó de todas veras; pero las reflexiones del Maestro triunfaron, y la partida quedó acordada para cuando estuviera el estudiante dispuesto, pues hay que advertir que, como D. Epifanio vivía solo, tuvo que encargarse del modesto equipo la madre de uno de los chicos que nada abonaban por la enseñanza. En esto llegó el día de la marcha, y ahijado y protector se separaron llorando con enternecimiento.

Quedose sin sombra el bueno del dómine y parecióle su casa abrumadora cárcel sin la presencia del muchacho. No volvió la risa al rostro de D. Epifanio, y únicamente se alegraba su semblante cuando recibía carta de la ciudad. El resto del tiempo se lo pasaba en su clase, procurando en vano distraerse, ó en los ratos libres mirando horas muertas las plantas y las aves que con cariño sin igual cuidara Mingo, y que le recordaban aquellos días felices en que con él vivía. Cuando más, al anochecer dabase corto paseo, volviendo pronto; él, que gustaba de estirar las piernas en largas caminatas todos los domingos. Era aficionado a la pesca, olvidó la caña. Sin embargo, nadie le había impuesto tal sacrificio, si se exceptúa su amor por el huérfano y el deseo de que se ilustrase. ¡Y vaya si se ilustraba! En una de sus primeras cartas decía á su segundo padre que no padeciese, pues se encontraba muy bien asistido, y próximo á matricularse en el primer año de estudios en la Escuela Normal. Vinieron otras cartas; ya pertenecía y con notable aprovechamiento á la escuela. Todo el pueblo miraba tales triunfos como cosa suya; así al menos lo creía el dómine. Y acertó á llegar una carta en la que Mingo notificaba haber ganado el primer curso de su carrera. ¡El, tan chiquitín, á los diez y seis años! Aquel día echó D. Epifanio chorizo en el puchero y las aves tuvieron doble ración de grano y las plantas de agua.

¡Oh, qué hermoso mes el de las vacaciones! Fué agradable sorpresa la llegada de Mingo al pueblo. Afeitábase D. Epifanio cuando le vió atravesar la calle; escusado es decir que la navaja hizo de las suyas, y en un tris estuvo que el dómine no se segara el cuello. No pudo hablar nada el pobre señor; pero abrazó á Mingo con tal ternura que lloraban, yo creo, hasta las piedras. Tornó la alegría, el muchacho sufrió de buen grado detenido examen en que dejó chiquito á su protector, y tuvo que contarle pe á pa su vida durante la ausencia. Se reanadaron las expediciones de pesca y los paseos y la existencia hermosa del pasajo.

Pero precisamente la añeja costumbre de la pesca vino á ser la guadaña que cortara tan hermoso lazo. D. Epifanio volvió á su ocupación favorita. Provisto del ancho sombrero de paja y sentado en la frágil silla de tiguera, horas enteras permanecía el pedagogo con la caña en la mano, para coger en suma una docena de trochas que á Mingo gustaban con exceso. El sitio predilecto del aficionado era cierto remanso del Caz, en que por la serenidad de las aguas abundaban los peces.

Una tarde, á punto estaba D. Epifanio de abandonar su tarea, porque la noche se entraba y en la bolsa yacían suficientes truchas para no quedar desairado ningún pescador de caña. Se disponía, pues, el dómine á guardar los chismes, cuando sintió caer algo al agua. Volvió la cabeza instintivamente y con indecible susto vió que el pobre Mingo, resbalando sin duda desde las piedras en que de ordinario se sentaba, había caído de cabeza en el Caz. El cuerpo del mozo reapareció en la superficie, y entonces el dómine, presa del vertigo, espantado, pidió socorro á grandes voces. Pero el chico se abo-

gaba, y D. Epifanio que apenas sabía nadar, venció el miedo y se arrojó desatentado en el agua. A bofetadas con las oudas pudo el infeliz mantenerse un instante á flote y asir por último los cabellos del muchacho; pero su peso les hundió y se sumergieron, no sin ver el Maestro antes de que el agua les cubriese, que dos arrieros, que al acaso oyeron pedir auxilio, se acercaban á todo correr al Caz. Mingo salió con vida de aquel trance, pero el pedagogo había sucumbido, y se le encontró abrazado á la pobre criatura por quien se sacrificaba, con la más oscura, pero también la más heroica, de las abnegaciones.

Tal es la historia de la cruz del Caz, relación que casualmente vine á escuchar de labios de uno de sus protagonistas, el Maestro actual de Villapanoja, que no era otro que el mozo recogido por D. Epifanio y que su puesto ocupaba cuando yo visité el lugar que os he nombrado.

ALFONSO PÉREZ GÓMEZ NIEVA.

LA UNIÓN HISPANO-AMERICANA

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO II

Geografía topográfica é Historia de Méjico. (1)

Embarcose en 1504 con rumbo á las Indias Occidentales, llevando cartas para su pariente Nicolás de Olando, Gobernador de Santo Domingo; cruzó el mismo camino que Colón; uno llevaba consigo la ciencia; otro la guerra, la fuerza; porque entonces era inevitable las armas para la conquista: se derramaba la sangre del conquistado, y el conquistador y la riqueza de los pueblos se agotaba con el último hombre; hoy ya, por fortuna, se anexionan pueblos á las naciones; sin mas que con el contrato comercial y el afán del lucro, el interés, se unen hoy países que en otra época hubiese costado mucha sangre; hoy, el materialismo económico; ayer, la ambición y la gloria de lo ideal; y así como para las conquistas de nuevos territorios se ha hecho caso omiso de la fuerza militar, avanzando el tiempo, los pueblos disminuirán las milicias y esos brazos encargados de mantener, no el orden, si no el orgullo de las nacionalidades, serán nuevas fuerzas no militares, sino comerciales, industriales, llevando la riqueza, el bienestar, donde antes llevaba las lágrimas y la desgracia.

Una vez en Santo Domingo, fué acogido por Obando con afabilidad, y le colmó de alabanzas; pero no era allí donde quería ir Cortés; él quería ir donde el hombre se pusiera frente del peligro, donde servir á su patria; era guerrero, y quería encontrarse entre hombres de armas y como Santo Domingo estaba ya pacificada, manifestó su deseo de pasar á Cuba donde se andaba con las armas; fuéle concedido y allí presentose con el valor del héroe, la calma del diplomático y el sufrimiento del soldado; esto, unido á su carácter bondadoso, afable y de buena presencia, contribuyó á que fuese nombrado Almirante de la escuadra que se iba á preparar para la conquista de Nueva España; fué propuesto para este cargo al Gobernador D. Diego de Velázquez, quien dió pruebas anteriormente de aprecio á Cortés, casado en esta isla con Doña Catalina Suárez Pacheco; Diego de Velázquez aprobó la proposición y le concedió el título de Almirante y el de Capitán General de todas las tierras que descubriera y conquistase. Nueva España cedió al Yucatán, que ya anteriormente había sido objeto de conquista, tanto por parte de Francisco Fernández de Córdoba, como por Juan de Grijalva. Este último recibió el mando de tres bajeles para la conquista de Nueva España, y éste, á su vez, confió el mando de estos á Francisco Montejo, Alonso Dávila y Pedro Albarado, que se dieron á la vela con el deseo de descubrir nuevos territorios y conquistar aquellos que no pudo hacerlo F. Fernández de Córdoba; en su mente se forjaban de diferentes modos aquellos países; pero en la seguridad de hallar grandes riquezas. La corriente y el viento los arrastró más al S.E., encontrándose la isla de Conzumel; los naturales los recibieron con amabilidad, procurándole todo lo que le faltaba; pero deseosos de llegar al sitio donde fué rechazado F. Fernández Córdoba, despidieronse amigablemente y se lanzaron al mar, costeano hasta que doblaron el Cabo Cotoche; saltaron á tierra y hallando alguna resistencia en los indios los escarmentaron, siguiendo luego su marcha siempre cerca la costa; en esta marcha llegaron á Tabasco y continuaron su costa hasta hallar un río que fuera navegable; diéronle el nombre de Grijalva, multitud de indios salían de entre el ramaje de frondosos bosques en una actitud pací-

(1) En el artículo anterior, por equivocación de imprenta, se cambió el nombre de Vajaca por el de Vajaca, siendo el primero el verdadero.

fica, su mirada alegre y sus movimientos bruscos, hacían buen contraste con aquel paraje, suelo fecundo y cubierto de vegetales, aves y cuadrúpedos; estos indios fueron en busca de su cacique que se apresuró á llevar en persona las ofertas como demostración de la paz. Grijalva agradeció mucho la atención del cacique; celebrando de esta manera el contrato de paz, continuaron su interrumpida marcha y encontráronse sorprendidos por la gritería inmensa de salvajes, llevando en sus manos banderas, como si estuviesen celebrando alguna fiesta; en este paraje, fué donde tuvo conocimiento Grijalva de la existencia del gran Imperio de un Príncipe llamado Motezuma, que á más de ser la extensión de terreno inmensa, poseía tesoros sin cuento, siendo el más poderoso señor de todos aquellos países; hé aquí por qué Hernán Cortés deseaba llegar á Tabasco y el por qué no se ocupó del Yucatán, cuando había sido admirado en 1506 por Yañez Pinzón.

Con estas noticias, preparose Cortés para la marcha y partió de Santiago de Cuba el 18 de Noviembre de 1518, después de hacer escala en la Trinidad, continuaron su marcha hacia Habana, donde fué acogido con entusiasmo, pues á pesar de las expediciones anteriores, todos deseaban volver á la conquista, conquista que en realidad nadie empezó hasta la llegada de Cortés; aquí en esta población se alistaron muchos mas hasta el punto de que ya era imposible admitir un solo hombre mas, pues los bajeles estaban atestados; entre ellos entró como soldado el escritor Bernal Díaz del Castillo y Francisco Montejo, Capitán que fué de unos de los bajeles de la expedición de Juan de Grijalva.

Distribuyó Cortés los cargos de su armada de la manera siguiente: Juan Velázquez de León, Alonso Hernandez Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Oñd, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo y Diego de Ordaz, Capitanes de los bajeles de que se componía la escuadra; partió de Habana el 10 de Febrero de 1519.

Pero á todo esto, constantemente perseguido por Diego Velázquez, que á la salida de Cortés de Santiago, los envidiosos del puesto que por su valor y buenas condiciones mereció Cortés, introducían en el corazón de Diego de Velázquez la ponzoña de la duda, obligándole hasta arrancar órdenes destituyendo al Almirante Hernán Cortés de todos sus títulos y honores; pero todo en vano; porque el valor, el honor y la verdad, se revisten de tanta majestad, que impone á todo aquel que observa estas cualidades en la persona que lleva el destino de otras muchas y aun la gloria de un país; así es, que Cortés no temía estas persecuciones, pues contaba primero con su conciencia, después con sus actos y con la fidelidad de sus soldados; no era la ambición la que le indujo mas de una vez á dirigir la palabra á su gente en demostración de confianza por si Velázquez llevase á otro terreno lo que hasta entonces llevó en órdenes; no era la ambición de mantenerse en aquél, puesto que era su dignidad ofendida y el deseo de arrojar al rostro de Velázquez que era útil á su Rey y á su Dios; estas eran las palabras de aquella época. Dios y Rey, siendo hoy patria, libertad y Rey, porque en la patria está la religión unida en tan fuertes lazos, que es casi imposible la desunión; en la libertad, el ciudadano independiente como verdadero hombre y en el Rey el poder y el poder en el pueblo.

Despreciando estas persecuciones y con el apoyo para la navegación de Francisco de Montejo, marcharon hacia la isla de Conzumel, á corta distancia de la costa del Yucatán ó de la Nueva España, pues como hemos dicho anteriormente, la península de Yucatán se pusieron el nombre de Nueva España, nombre que después Cortés, al descubrir el Imperio de Méjico, hizo extensivo; llegaron á ella y la costa se llenó de indios algún tanto temerosos, como si los españoles fuesen venidos del cielo; lo que más llamó la atención de aquellos desdichados eran los bajeles, no dándose cuenta cómo aquella casa ambulante podía andar sobre las aguas del Océano; pero una vez repuestos de su primera sorpresa, acercáronse y bien pronto unidos, andaban en todas direcciones; al día siguiente, llegó el cacique con gran acompañamiento, pero un séquito muy deslucido acercose á Cortés y ambos saludáronse cortésmente; por señas y por un intérprete supo Hernán Cortés que en el Yucatán había cautivos unos hombres que se parecían mucho á ellos. Cortés, que ya tenía noticia de este cautiverio, mandó que Diego de Ordaz pasase al Yucatán en busca de aquellos cautivos que gemían la opresión de un bárbaro, y díjole que la manera que fuese posible los salvaré y llevaré á su presencia; mas en esta ocasión, el cacique demostró más tacto político que Cortés, pues manifestó que sería más necesario procurar la libertad de los cautivos con dádivas, y el mismo nombró varios indios que guiasen á Diego de Ordaz al terreno del cacique vecino; en efecto, Diego de Ordaz pasó al Yucatán y allí envió á los indios en busca de los prisioneros dándoles varias bujercas para librarles, diciéndoles que sólo ocho días esperaban y que después irían á unirse con sus compañeros.

Esta fué la causa de la estancia de Cortés en la isla de Conzumel, cuyo tiempo lo invirtió en procurar á aquellos indios se convirtiesen al cristianismo;

el cacique, por su parte, parece que accedía, pero no igualmente los súbditos; lo cierto es que Cortés (1) dió orden de colocar en el templo la efigie de Nuestra Señora.

Pasaron de esta suerte los ocho días, al fin de los cuales. Diego de Ordaz volvió sin noticia alguna ni de los indios ni mucho menos de los que iban á buscar; despidióse Cortés del cacique y salieron con rumbo hacia el Tabasco; pero la Providencia, que en todo se halla, no quiso sin duda que un cristiano que por espacio de algunos años vivía entre aquellos salvajes quedase allí, y volviere al seno de sus compatriotas; el bajel que mandaba Juan de Escalante, hizo fuego dando á entender que se anegaba; á toda prisa acudiose y pudieron llegar á la costa de la isla de Conzumel, donde pocas horas antes habían salido. Los naturales acudieron á prestar socorro á nuestros marinos y todos con sus brazos ayudaron á descargar el bajel, sin que faltase ni el más insignificante objeto; dos actos grandes: la caridad de prestar socorro y la honradez de respetar todos los objetos, objetos que llamaban mucho la atención en ellos, y por lo tanto, los hubiera inducido más al hurto; pero con este acto, queda claro, que hay pueblos incultos muy cultos, y pueblos cultos muy incultos; la honradez la escribe Dios en el alma; no lo hace el hombre, no el progreso, sino la divina Providencia.

Aquí pudiéramos llamar exagerado al historiador Solís, pues dice que en el corto tiempo que se ausentaron los españoles, los indios limpiaron y perfumaron el templo donde se levantaba la madre de Dios; primero, el templo no tuvo tiempo de ensuciarse en unas cuantas horas, y segundo, no en tan poco tiempo se arrancan las ideas religiosas. Gracias á este contratiempo, Jerónimo Aguilar, cautivo por los indígenas, llegó á Conzumel, siendo recibido por Cortés como el enviado por el cielo, pues veía en él la esperanza de tener un fiel intérprete de las lenguas de todos aquellos países; según Bernal Díaz del Castillo. Jerónimo Aguilar al naufragar, los llevó la corriente á las costas del Yucatán, donde fueron hechos prisioneros por un cacique caribe que sacrificó á varios de los naufragos á la ferocidad de sus mandíbulas, guardando á los no robustos á que lo estuviesen para sacrificarlos á sus dioses; en este caso se encontraba Aguilar y fué encerrado, de donde pudo escapar y buscar muerte más pacífica; errante anduvo hasta que, hecho prisionero por otro cacique más humano, lo dedicó al trabajo y luego le nombró su consejero á causa de haber obtenido la victoria en varias guerras por consejos de Jerónimo Aguilar; muerto el cacique se lo recomienda á su hijo; y habiendo llegado los indios enviados por Diego de Ordaz en su busca, pide al cacique por premio la libertad y á ella debió la dicha de encontrarse entre los suyos. Aguilar es desde entonces el intérprete de Cortés, intérprete que, como veremos más adelante, sirvió de mucho al eminente Capitán.

RAMÓN DE SANJUÁN,

(Continuará.)

LA CUERDA DE CÁÑAMO

Novela original

(Continuación.)

—¿Qué de bueno te trae por aquí, mi viejo amigo, con esa cara de Pascuas?—le preguntó el señor cura.

Jusepet hizo ademán de retirarse. El Sr. Valero le detuvo.

—Hazme el favor. No te vayas, Jusepet. Quiero que oigas lo que voy á decir á mosen Juan.

—Me pones en cuidado con estos preámbulos—observó éste.

—Tengo, señor rector, una alegría, que es al mismo tiempo un remordimiento.

—Pues no lo entiendo. Como no te expliques...

—He sido un imbécil y un malvado con mi hija. Tengo el convencimiento de que era inocente. El dolor y la ira me trastornaron y no me dejaron ver claro.

—¿Qué dice usted?—exclamó con ansiedad Jusepet, mucho antes de que el Sr. Valero concluyese de hablar.

—¿No te lo decía yo, hombre de poca fe? Por algo la llamo yo la pobre mártir. Yo no podía hablarte más claro... Bien la has hecho sufrir con tu necia severidad.

—¿Pero será posible! ¿Marta inocente?—preguntó Jusepet que no volvía de su sorpresa.

—Marta tenía un novio; le había citado para aquella mañana muy temprano... Tú debes saber algo de esto, Jusepet.

—Es verdad—replicó el joven.

—Para sentirlo mejor cuando viniera, dejó abierta la ventana... Al perro alguien debió darle

(1) Solís.

algo poco después de anochecer... ¡Pobre Leal!—dijo el Sr. Valero enjugándose una lágrima con el dorso de su áspera y callosa mano.—Muerto le encontré en el corral.

—Muerto le ví yo antes de que usted llegase —añadió Jusepet.

—Mi hija sostuvo una lucha violenta hasta que se dió un golpe en la cabeza y quedó sin sentido.

—¡Infame! ¡Maldito! ¡Maldito sea!—exclamó Jusepet en el colmo de la indignación.

—¡Oh! ¡Mil vidas que hubiera tenido...!—observó el Sr. Valero con enérgica entonación.

—Caridad, hijos míos, caridad; y sobre todo con los muertos. Grande fué su delito; pero no fué pequeño su castigo. Todos necesitamos que Dios nos perdone—dijo sentenciosamente mosen Juan.

—¡Ah Sr. Valero! ¡Sr. Valero! ¡Qué injustos hemos sido! Pero... ¡bien la ha vengado mi maldita suerte!—dijo con amargura Jusepet.

—¡No desesperes ni maldigas, Jusepet!—advirtió mosen Juan.—No son tus desdichas para tanto.

—Adiós, mosen Juan; adiós, Sr. Valero. Si es que su hija quiere oír hablar de mí, ruéguela usted que me perdone.

Y Jusepet se fué. Mosen Juan estuvo mirando melancólicamente hacia la puerta por donde se había ido, y después murmuró entre dientes:

—¡Pobre muchacho! No todos los locos están en las casas de orates. Siempre creí que Marieta estaba mal de la cabeza; pero esperaba que casándose...

El mayor monstruo, los celos.

Así era en efecto. Jusepet no era feliz en su matrimonio. La pasión de Marieta, que más tenía de histerismo que de amor, le había fatigado. Si en un principio le enloqueció, llegó un día en que la ardiente é insaciable vehemencia de su mujer le causó hastio y repugnancia. Hasta la hermosura de la enamorada morena vino á menos. El fuego inextinguible que en su interior la consumía, la enflaqueció, demacró sus mejillas, dió á su tez un tinte verdoso y, rodeándolos de grandes ojeras, hundió sus ojos que, únicos respiradores de aquel volcán que ardía en su pecho y abrasaba todo su ser, despedían verdaderas llamaradas de fuego en sus ardientes miradas.

No tardó en notar ella el despego de su marido y lo atribuyó á que otra ú otras la robaban su cariño; y, excitado por los celos su temperamento nervioso, dió á Jusepet un escándalo por día. Le perseguía ó hacia que le expiasen los criados cuando salía de su casa; le registraba los bolsillos; le quitaba el dinero que llevaba en ellos y le exigía que diese cuenta de cuanto hacía en las horas que estaba fuera de casa. Se le antojaba que todas las mujeres perseguían á su marido; no había criada que parase en la casa, y hasta una vez armó un caramillo á la estantería, porque se la figuró que miraba demasiado á Jusepet, y hasta se fijó en que le escogía los cigarros, lo que la desdichada Marieta juzgaba una prueba concluyente de sus perversas intenciones.

Al principio Jusepet disimuló, por que la vecindad y el pueblo entero no se enterasen. Para alejar de su ánimo toda sospecha, cedió á todas las exigencias; pero fueron éstas aumentando de tal modo, que ya no hubo fuerzas humanas en Jusepet para satisfacerlas y, fuera yo de sí, huía de su mujer como del diablo. Si no hubiera sido por un hijo que Dios les había dado, según los maldicientes del pueblo mucho antes de llevar nueve meses de casados, Jusepet se hubiera ido al fin del mundo por no soportar á aquella mujer que era su castigo y que se le había hecho aborrecible.

Jusepet no sabiendo qué determinación tomar fué á aconsejarse de mosen Juan, precisamente el día que al Sr. Valero se le ocurrió también ir á ver al venerable sacerdote.

Volvió el jóven tan pensativo á su casa, que entró en su habitación sin reparar en su mujer que estaba cosiendo junto á la ventana.

—¿En qué piensas?—le preguntó Marieta.

—¡Ah! ¿Estabas aquí? En nada.

—¿En nada y te estás ahí con los ojazos tan abiertos y espantados? ¿En nada y entras sin hacerme caso maldito, ni más ni menos que si yo fuera un perro? ¿Te parece bien eso? Pero... ¡como ya no me quieres!

—Si te quiero, mujer. Tú eres la que vas á conseguir con ese genio del diablo y esos celos que ahora te han entrado de repente, que llegue á aborrecerte.

—¡Celos yo! ¡Celos yo de tí! ¡Qué ilusiones! Como si á mí me importara nada de que te vayas con cualquier cochinita. ¡Buena tonta sería! ¡No te reirías tú poco!

—Bien, hija, me alegro. ¡Con tal de que me dejes en paz!

—¡Eso quisieras tú!—gritó Marieta perdiendo los estribos—¡pero no! ¡á la bribona que te haga caso, la he de sacar los ojos!

—Pero, Marieta, por Dios; ¿á qué viene ahora eso?

—Pues dime de dónde vienes. Quiero saberlo todo.

—Para que veas lo necia que eres; vengo de casa de mosen Juan.

—¿De casa de mosen Juan y vienes tan pensativo? No, lo que es tú no me la das.

—Que lo creas que no, de allí vengo.

—Pues bien, dime de qué habéis hablado. Voy á ver lo que inventas.

—De nada, porque apenas llegué, entró el señor Valero y estuvo hablando de la pobre Marta. ¡Pobrecilla! ¡Cómo la hemos calumniado!

En mala hora se acordó de nombrar á Marta el desventurado Jusepet.

Como si la hubiere picado una vibora, Marieta se levantó de la silla en que estaba sentada, tiró al suelo la costura que tenía en la mano y empezó á pisotearla con furia, vociferando:

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Ya me daba á mí el corazón que andaba de por medio ese pendonazo, esa mujerzuela indecente!

—Re, órtate Marieta y no insultes á esa infeliz tan buena como desgraciada. Oye si no lo que dice de ella mosen Juan.

—¡Buen par de bobalicones estáis tú y mosen Juan! ¡Vaya con la virtud! ¡Soltera y con un hijo!

—Marieta, Marieta, mira bien lo que dices que no eres tú quien puede hablar.

—Si, eso es—dijo Marieta hecha un basilisco y dirigiéndose á Jusepet con los puños cerrados —écheme en cara el haberte querido demasiado.

—Vaya, me voy, porque estás con la locura.

—No, no te vayas. Soy yo quien me iré. Pero te prometo que os habeis de acordar de mí tú y ella, ella y tú.

Y salió del cuarto dando tal portazo, que la llave cayó de la cerradura al suelo. En el interior de la casa se oyeron otros no menores. Parecía que el infierno se había desencadenado. Jusepet, que durante casi toda esta escena estuvo sentado en un sofá y que al dirigirse á él con aire amenazador su mujer se había puesto en pie, se dejó caer de nuevo en su asiento y pensó... en lo feliz que hubiera sido de haberse casado con Marta.

II

Desde que en sus desatinados celos creyó Marieta haber dado con la verdadera causa del despego hacia ella de su marido, que Jusepet no trataba de disimular ya; desde que volvió á ver en Marta la rival afortunada y aborrecida, su odio á ésta, amortiguado hasta entonces por el triunfo y por el tiempo, se reprodujo en su alma con más fuerzas que nunca. Acordábase de las penas que inconscientemente la había ocasionado y ocasionaba Marta, pero no del muchísimo daño que ella, á sabiendas, la había hecho.

Su imaginación exaltada, recordando las dudas que hubo entre la gente del pueblo de si el niño de Marta era hijo del Comandante ó de Jusepet, forjó la más extraordinaria historia, en la que Marieta creyó desde luego como en el Evangelio; y, en su enojo por la conducta de su marido, la refirió á todo el que quiso oirla. Según ella, Marta, que había concedido dulces favores á Jusepet, dió después lugar con sus coquetearías á la muerte del Comandante, y motivó para que su novio sospechase si él era ó no padre de la criatura; pero lo era, ó por lo menos Marta para atraerse de nuevo, sin tener en cuenta que era casado, había logrado hacérselo creer así, y de aquí provenía el desamor de Jusepet á su esposa. El vulgo acoge fácilmente los mayores absurdos, siempre que revisten caracteres extraordinarios y novelescos, y sobre todo si redundan en descrédito de alguien. Con la malicia de los tontos, está más dispuesto á creer lo malo que lo bueno.

Bien pronto casi todos los vecinos del pueblo tenían por muy cierto que Jusepet estaba en relaciones con Marta, y que si no se traslucía nada, era porque se ocultaban cuidadosamente por temor al Sr. Valero que, pensando piadosamente, era de creer que nada sabía. Muy ajenos estaban Marta y su padre de que la maledicencia y la calumnia se cebaban en ella de esta manera.

Jusepet, víctima, más que nunca, de los celos y recriminaciones de su mujer, hacia lo que hace siempre el que no se encuentra bien en su casa; pasar fuera de ella todo el más tiempo posible, y jamás le faltaban pretextos para ir con frecuencia á Gerona ú otros pueblos de la provincia. Cuando su marido se ausentaba, Marieta estaba en vilo y enviaba criados que le espiesen, y otros que fueran á rondar la masía del Coll, y como nunca le decían nada, llegó á sospechar que enterado Jusepet del espionaje de que era objeto, los sobornaba para que ocultasen á su ama lo que veían ó averiguaban. En tal persuasión decidió Marieta vigilar ella misma en la primera ocasión que se la presentase, los pasos que andaba su marido.

Fué por aquellos días la feria de Gerona. Jusepet montó en su mulo y se dirigió á la ciudad; montó Marieta en un borriquito, y acompañada de su criada Pepeta que cabalgaba en otro, se fué detrás de su marido, por el camino hasta el huerto que tenía más allá de la masía. Observó de lejos si Jusepet se detenía en ésta y con extrañeza suya, vió que no. ¿Habrá ido Marta antes que él á la ciudad? Encargó á Pepeta que se enterase mañosamente, y se convenció de que su rival no se haba movido de la masía, porque antes de que su criada viniese con la respuesta, oyó ella misma á Marta que cantaba á su niño para dormirlo.

¿Iria á Gerona después para no despertar sospechas? Desde la casa del huerto cuyas ventanas daban al camino, podía ella ver quienes iban á la feria. Todo el día estuvo de acecho, detrás de las vidrieras de una ventana, con la vista fija en el camino, y... nada. ¡Tal vez por la noche...! Al amanecer envió á Pepeta á la masía para averiguarlo; Marta continuaba en su casa.

Empezaba Marieta á dudar de si se habría equivocado. Quizás mientras ella desconfiaba de Marta, se entendía su marido con otra. Se arsepeñía de no haberle seguido hasta Gerona.

Fué entrando el nuevo día; la gente que había ido á la feria, regresaba en grupos conversando alegremente. Allá á lo lejos, Marieta distinguió á su marido que también volvía. Hizo que á toda prisa aparejasen los pollinos para ir tras él.

Jusepet solo y pensativo pasó por delante del huerto, llegó á la masía del Coll y vió delante de la puerta á Ramona que tenía á Jaime en los brazos.

Jusepet se detuvo un momento; nunca había visto al hijo de Marta y le entraron deseos de conocerle.

—¿Es el hijo de Marta?—preguntó á Ramona.

—Sí—contestó ésta.

—¿Me dejas que le dé un beso?

—¿Y por qué no?

Jusepet cogió al niño y estuvo contemplándole algunos instantes. Le dió muchos besos é hizo ademán de devolvérsele á Ramona, diciendo: ¡Qué hermoso es! ¡Dios le bendiga! Fuera del pelo y de los ojos, en todo se parece á Marta.

—¡Conque tan hermoso es tu hijito! ¡Trae, hombre, trae; que yo también quiero ver al angelito!—oyó decir Jusepet, atónito por la sorpresa á su mujer, que, como por arte de magia, se apareció ante su vista alargando los brazos para coger á Jaime.

No lo consiguió, porque Ramona al ver las terribles miradas y desencajado semblante de Marieta, lanzó un grito y se apresuró á tomar en sus brazos al niño, temiendo que aquella mujer hiciese un desatino con él.

Marieta empezó á forcejear con ella para arrebatárselo de las manos. ¡Tráele aquí vieja marrullera!—decía.—¿Esperabas al padre para enseñarle su hijito? ¡Tráele que quiero ahogarlo entre mis manos y estrellarlo contra esa tapia! ¡Bruja, dame al hijo de este infame y de esa bribona!

Mal se hubiera visto Ramona para librar á Jaime de aquella furia sin el pronto auxilio de Jusepet que, de un salto, se apeó del mulo y, cogiendo á su mujer por detrás, la sujetó por los dos brazos y la separó violentamente, no sin que ella se trajera entre las manos un girón del juboncito del niño.

—¿Estás loca, Marieta?—la dijo.

Todos los que venían de la feria, se habían detenido á presenciar aquel escándalo, pero la mayor parte no llegaron á ver más que á Jusepet sujetando violentamente á su mujer, porque Ramona, así que pudo, corriendo se refugió con Jaime dentro de la masía.

Pugnaba Marieta por desasirse de las manos de su marido y gritaba:

—¡Eso es! ¡pégame! ¡pégame! Y todo por esa bribona, por esa mala mujer que me roba el ca-

riño de mi marido. ¿Por qué no se asoma ella, la muy grandísima tunanta?

Salió á las voces el señor Valero.

—Marieta, mira lo que dices. Mi hija, para nada se acuerda de tu marido.

—¡Sí, también está usted bueno! ¡Como le valdrá á usted el dinero! ¡Estará este pillo arruinando á su mujer y á su hijo por esa...!

—Sin duda has perdido la cabeza y no sabes lo que te dices—la interrumpió el anciano muy irritado, aunque procurando contenerse.—Y tú, Jusepet, cuando se tiene una loca por mujer, se la encierra para que no venga á dar escándalos á nadie.

—Señor Valero, ruego á usted que la perdone y compadézcame—respondió Jusepet.

—¡Loca yo! ¡Yo loca! ¡Si no hubiera malas mujeres en el mundo, no perderían la cabeza las mujeres honradas! ¡Loca yo! ¡Si mi marido no se fuera con mujerzuelas, no sucedería esto!—siguió gritando Marieta.

—Tiene razón la infeliz—hubo de murmurar en voz baja uno de los espectadores de aquella escena.—¡Como si no supiésemos todos cómo las gasta la otra...!

Oyole el señor Valero, y dirigiéndose con los puños cerrados al maldiciente, se los puso junto á la cara y le dijo:

—¿Qué es lo que dices? Dí en voz alta lo que murmurabas ahí entre dientes. Anda, hombre, dilo.

Asustado el murmurador, se hizo atrás diciendo:

—¿Qué? ¿vas á matarme como al otro?

El anciano, con una fuerza que parecía mentira á sus años, cogió en vilo á aquel hombre y le derribó por tierra. Echóse sobre él, y, en efecto, si no le separan le mata allí mismo.

Marta y Ramona, que salieron de la masía sobresaltadas al ver que el señor Valero se peleaba con un hombre, cogieron de los brazos al anciano que, con los ojos inyectados en sangre y arrebatado el rostro como si éste fuera de color de escarlata, amenazaba todavía á su contrario, y le metieron dentro de la casa.

Jusepet, como mejor pudo, cogió en brazos á su mujer que, al ver salir á Marta, empezó á dar á su marido patadas, mordiscos y puñetazos para que la soltase é ir contra su aborrecida rival. A pié, porque era imposible pensar en montar ni en el mulo ni en el borriquillo con aquella mujer que no cesaba de forcejear para que la dejaran libre, Jusepet se la llevó al pueblo.

Los grupos que se habían formado á la puerta de la masía se disolvieron, y los vecinos del pueblo continuaron su camino sin atreverse á hacer comentarios acerca de lo sucedido, hasta que estuvieron á bastante distancia de la casa.

En general, fueron aquellos poco favorables á Marta. Es admirable la perspicacia con que el vulgo ve siempre las cosas al revés de como son, con alguna que otra excepción rarísima.

III

Jusepet no tuvo ya en su casa un solo momento de paz. Había llegado á aborrecer á su mujer y se lo dijo en una de las infinitas reyertas que tenían á todas horas. A Marieta, cuando se lo oyó, la dió una convulsión nerviosa que le duró cerca de un cuarto de hora. Desesperado y no sabiendo cómo librarse de su mujer que le buscaba á cada instante para hacer las paces con él y solicitar su cariño, tomó una resolución extrema: de la noche á la mañana desapareció del pueblo. Hubo quien llegó á temer que se hubiese suicidado; pero transcurridos algunos días, mosen Juan tuvo una carta en que Jusepet le decía que cuando la recibiera ya estaría él navegando para la América del Sur, y que no pensaba regresar á España.

Los extremos de dolor y desesperación que hizo Marieta, las maldiciones que echó á Marta, causante, según ella, de su desgracia, no son para dichas. Todo el mundo la compadeció.

Murió al año de estos sucesos el Sr. Valero, y aunque su avanzada edad bastaba para explicar su muerte, la gente, con ese prurito de dramatizar los hechos más sencillos y buscarles causas extraordinarias, la atribuyó á los muchísimos disgustos que le había dado su hija. Inútil fué la irreprochable conducta de la inocente Marta para mejorar el concepto en que la tenía el vulgo, que, testarudo y tenaz cuando llega á formar un juicio acerca de una persona ó de un hecho, persiste en él por equivocado que sea, sin que haya medio humano de disuadirle de su error.

IV

Esta fué la historia que mosen Juan contó á Jaime. Muerta su madre, ¿qué iba á hacer éste en el pueblo? Las piadosas reflexiones del anciano sacerdote le salvaron de la desesperación, y por consejo suyo, después de cumplir el deber sagrado de dar tierra al cadáver de su madre, vendió cuando poseía y abandonó el pueblo con la firme resolución de no volver á él jamás.

El pintor de moda.

I

En un lujoso gabinete toman café varios amigos del Duque de Campoverde, á quienes ha tenido á la mesa tan poderoso como espléndido magnate.

Dos jóvenes de la buena sociedad madrileña, sentados cerca del piano, oyen con atención al Marqués de Riaza que acaba de llegar de París, y les da noticia circunstanciada de los *vaudevilles*, operetas bufas, actrices y bellezas del *demi-monde* que hacen furor en la capital de Francia. Sentado en una marquesita con su amiga Clara Mendoza, la nieta de los Duques, Isabel Raimundez habla de la Exposición de Bellas Artes que acaba de inaugurarse, con un literato, un pintor y un alto empleado del Ministerio de Fomento.

Más allá, próximo al balcón, el Duque se apresura á apurar su taza de café para jugar al ajedrez con un entonado señorón, á quien una ó dos odas de corte clásico y tres ó cuatro sonetos abrieron las puertas de la docta Academia de la Lengua.

Junto á la chimenea, la Duquesa, venerable anciana de aspecto distinguido y en cuyo rostro todavía se conservan vestigios de su pasada belleza que fué muy celebrada por los cortesanos de Carlos IV y Fernando VII, sostiene animada conversación con el veterano Coronel Pérez del Río, íntimo amigo de los Duques, no obstante su humilde cuna. El Sr. Pérez del Río empezó su carrera de soldado, y gracias á su buen talento y extraordinario valor, consiguió llegar al empleo que tiene y una envidiable reputación en el ejército. Fué compañero de armas del Duque y es uno de los que invariablemente hacen la partida del tresillo á la Duquesa, que le confía todos sus proyectos é impresiones y no desdén sus consejos.

—No sabe usted lo disgustada que me tiene esa niña—dice la Duquesa á Pérez.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE.

A LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD

«Hijo mío: la razón te guíe por santa huella; y al jurar una opinión, grábala en tu corazón y muere abrazado á ella.»
Tejero.

I

¡Tú resuelves el problema, libertad! ¡Yo te saludo!
Tu eres, libertad, mi lema.
Serás el mote y emblema que resplandezca mi escudo.

Ningun galardón anhelo:
llena de entusiasmo y fe
alza la opinión su vuelo,
y es la libertad su cielo;
la gloria que yo soñé.

En tí, libertad, confío,
si me falta inspiración,
ilumina el estro mío
con ese salvaje brío
que infunde la indignación.

Libertad, mi mente inspira,
y romperé las cadenas
del sér que esclavo suspira,
con los ecos de mi lira
y la sangre de mis venas.

Degradación; heroísmo:
exclavitud, libertad:
la justicia, el egoísmo:
la razón, el fanatismo:
el hombre; la sociedad...

Y en esta eterna mudanza,
en este equilibrio extraño,
oscila la fiel balanza:
vamos tras una esperanza,
y hallamos un desengaño.

Del mundo es el hombre dueño,
y sueña un mundo ideal;
ilusión de un loco empeño;
pasa la ilusión; del sueño
sólo queda un mundo real.

Y un mundo con un borrón

¡Que sea libre la Ciencia!

¡Sea libre la Razón!

¡Libre será el corazón!

¡Libre será la conciencia!

Mi lira, abolicionista

condena la esclavitud;

aunque galardón no exista,

serán su mejor conquista

lágrimas de gratitud.

¡Que triunfe la abolición!

Es mi sueño la igualdad,

El progreso mi pasión,

La ciencia mi religión,

Mi musa la libertad.

«Yo romperé las cadenas,
daré paz y libertad
y abriré un nuevo sendero
a la errante humanidad.»
Espronceda.

II

Esclava la antigüedad,
quiso, aunque esclava, vivir.

¡Es preferible morir
á vivir sin libertad!

Si tuvo parias é ilotas

y castas en la opresión,

al grito de «redención»

fueron sus cadenas rotas.

Siervos tuvo el feudalismo

y vasallos los tiranos,

cuando a los hombres hermanos

proclamaba el cristianismo.

Todos á una voz dijeron,

viendo su mísera suerte:

¡Antes que esclavos... la muerte!

¡Libertad!... Y libres fueron.

Prosigue la lucha eterna:

de la sociedad es base

y hoy muestra una nueva fase

la cautividad moderna.

No se acauza á comprender

que exista en su plenitud

hoy día la esclavitud;

no tiene razón de ser.

La rechaza la conciencia,

se resiste el corazón,

la condenan la razón,

la religión y la ciencia.

Esa raza, que oprimida

bajo un cielo abrasador,

hoy gime por su color,

degradada, envilecida,

Tiene, cual ser racional,

génio para concebir,

corazón para sentir,

y un alma libre, inmortal.

La fuerza á esa raza humilla,

le graba un sello en la frente,

y azota bárbaramente

el látigo su mejilla.

Cautiva en tierras extrañas,

para más explotación,

le venden sin compasión

los hijos de sus entrañas.

Y allí, del martirio en pos

esta raza, aunque os asombre,

vive, maldiciendo al hombre;

muere, dudando de Dios.

Siglo que grande se mira

y á tanta ignominia cede,

ser un gran siglo no puede;

su ilustración es mentira.

Si civilizado estás,

no sufras tanto baldón.

Pues qué, ¡los negros no son

hombres como los demás?

¡Esclavistas inhumanos,

cesen por fin tantos males!

Seamos todos iguales

si todos somos hermanos.

Del progreso humano en pos,

se funde en la libertad,

el hombre en la humanidad,

y la humanidad en Dios.

En ese Dios inmortal

que á la humanidad bendice,

esperando que realice

la armonía universal.

Esa armonía sublime,

ideal del porvenir,

se alcanza con redimir

á todo el que esclavo gime.

Reine la fraternidad;

dé al mundo rumbo diverso;

patria... será el universo;

familia... la humanidad.

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

EL GRAN PROBLEMA

ENSAYO FILOSÓFICO RELIGIOSO

I

No ha mucho publicamos un escrito titulado «El realismo científico» que halló en las columnas de *El Progreso* acogida benévola, con lo que nos creímos honrados. Circunstancias especialísimas, de esas que sólo se presentan una vez en la vida, y que nos han hecho meditar profundamente, nos obligan á reclamar de nuevo una modesta plaza en publicación tan ilustrada, para un trabajo que acaso pueda considerarse como rectificación al primero, acaso como complemento, y ciertamente y de todos modos como el esfuerzo de una inteligencia pobre, pero honrada, por iniciar una solución para el gran conflicto contemporáneo y por cumplir lo que cree un deber de conciencia y justo tributo á una memoria venerada.

Acaso en aquel escrito se deslizó nuestra pluma algo más de lo indispensable, acaso no; pero es lo cierto que creímos reflejar fielmente las tendencias de la novísima filosofía; de ese sistema de investigación que, apartándose tanto de las antiguas como de las modernas especulaciones de Pitágoras, Platón y Epicuro, como de Comte, Hegel y Krause, pretende asentar la filosofía sobre la solidísima base de la realidad científica y la más pura, sencilla y embrionaria lógica.

Que este sistema se entroniza y triunfa por todas partes, no cabe duda. Que el hombre moderno, cansado ya de fraseologías inútiles y harto de palabrerías incomprensibles y abstrusas, que acaban siempre en verdaderos desatinos, se halla dispuesto á tirar muy lejos voluminosos y soñolientos libros, que siempre acaban por volver loco al que era cuerdo primitivamente, es innegable. Y que la humanidad parece entrar definitivamente en el verdadero camino que puede conducir, segura, aunque lentamente, al fin que la filosofía se propone, es también exacto. Pero ¡ah! que el camino puede ser largo y aun indefinido, y que, por tanto, la verdad podrá encontrarse el siglo xxx, ó acaso no encontrarse nunca. ¡Ah, que las verdades científicas tan pronto ofrecen en la apreciación de su conjunto un aspecto contradictorio y de desconcierto, que inclina al pesimismo, como una pretendida y anhelada armonía, que sólo es dado vislumbrar en todo caso, pero que es bastante á detener el silogismo que la decepción empezara á formar en los ánimos! ¡Ah, en fin, que mientras más se avanza parece que es mayor el nublado, y se tropieza con cosas más sutiles y difíciles de investigar, al par que los auxiliares de nuestros sentidos—esos instrumentos prodigiosos que son orgullo del hombre—cada vez ofrecen mayor complicación y dificultad en su manejo, y van siendo por su esencia misma, más ocasionados al error, al presentarnos cosas nunca vistas, y que solo por su mediación podemos alcanzar!

«El velo de la naturaleza se ha separado mil quinientas leguas de nosotros»—digimos un día, y esto es indudable;—pero ¿quién nos garantiza, decimos hoy, que aquel velo se levantará al fin, y que las fronteras de la investigación no se hallan aún á muchos miles de millones del límite, acaso separadas de él por los insondables abismos del infinito?

El realismo es cierto, sin duda alguna; pero ¿llegará alguna vez á conseguir su objeto? ¿Se obtendrá al fin por tan seguro sistema el completo conocimiento de la naturaleza?—He aquí lo que empezamos á dudar.

Hay, por otro lado, otro orden de cosas, otro género de fenómenos, del que en verdad confesamos no habíamos llegado á experimentar una impresión exacta y profunda—al ménos en la medida para nosotros necesaria—cosas y fenómenos que acaso á todos no les sea dado apreciar, y á muchos tal vez por una sola ocasión y de un modo imperfecto, pero que indudablemente son reales, aunque no se conciben ni se explican; *suceden* y ejercen poderosa influencia sobre las ideas y la razón.

Mas para no adelantar consideraciones, tratemos de plantear el problema que entrevemos, y que parece constituir el gran asunto del siglo xix.

El realismo triunfa, repetimos, y habrá de triunfar en todas partes.—Es el camino de la verdad.

Se halla aún muy lejos del objetivo, repetimos también, acaso á infinita distancia de él, pues que tal vez no lo alcance nunca. Sus conclusiones actuales parecen hallarse en oposición con la verdad que se llama revelada; pero esta oposición puede ser aparente ó ficticia, pues que el realismo no puede emitir una conclusión final ó definitiva, mientras no llegue al conocimiento completo de la naturaleza.

En nuestro escrito anteriormente citado digimos lo siguiente, combatiendo al positivismo por deficiente: «No hay más que dos caminos: ó la revelación clara y francamente aceptada, ó las verdades científicas con las conclusiones que la lógica saque de ellas—Si negáis la revelación, si prescindís de todo criterio superior al del hombre, ¿con qué derecho queréis negar la razón, que es la lógica y, por tanto, el criterio del hombre?

Al prescindir de un criterio superior, no tenéis más remedio que reconocer el criterio del hombre, sopena de querer entronizaros como dioses é imponer vuestro juicio á la humanidad con una filosofía que nada resuelve, como es la filosofía positivista.»

Así hablábamos tratando de un positivismo que parece quería presentarse como la anulación y negación de toda filosofía, al prohibir en absoluto, en vez de reglamentar ó contener en justo límite, las elucubraciones racionales.

Y, en efecto, creemos que el positivismo, presentado de tal modo, no puede dar nada de sí. Es un aborto de la filosofía; es la ciencia misma, y por tanto, será ciencia; pero no filosofía.—Esta ha de admitir todo lo que conduzca á la verdad, y no puede, por tanto, rechazar la razón y la lógica, empleadas con exquisita prudencia y precaución.

No hay, pues, más que dos caminos, dos sistemas francos y radicales: El realismo, ó sea la ciencia y la lógica, y la revelación.—Los sistemas intermedios, especie de eclecticismo siempre, nada pueden dar de sí.

Pero entre estos dos sistemas radicales, parece existir una contradicción, que, á nuestro juicio, es más aparente que real.

Que «los extremos se tocan» es máxima reconocida y verdadera, y el realismo y la revelación pueden estar muy cerca, aparentando hallarse á gran distancia.

Desde luego el realismo no es el materialismo. Aquél no afirma que «haya solo materia», sino que «hay materia». Por otro lado, la ciencia, y, por tanto, el realismo, reconocen la fuerza, que no explican, porque no puede llamarse explicación á la hipótesis del atomismo de P. Secchi, hipótesis, además, bastante oscura. Que la fuerza sea propiedad de la materia, la materia misma que obre por transmisión de movimiento, ó un agente aislado; nada, pues, demuestra, y aunque se demostrara el primero ó el tercer extremo, quedaría en pie la cuestión de la esencia de la fuerza, como también lo está para los materialistas mismos la de la esencia de la materia.

El realismo, pues, que no es materialismo y que está obligado á reconocer la «realidad de la fuerza», aunque no la comprenda, no puede negar en absoluto la existencia de «agentes no materiales», y por tanto, no es infranqueable la barrera que lo separa de la revelación y del llamado «orden sobrenatural» por las religiones.

Y no hablamos del materialismo, ó sea la absoluta negación de tal orden, porque es incapaz de explicar nada.

Si, pues, el realismo no se halla en oposición absoluta con la revelación; si estas dos filosofías parecen ser los únicos caminos lógicos de la verdad; si el realismo triunfa y la religión también, amenazando quedarse solos en frente uno de otro sobre el campo de batalla tan luego el sol del nuevo siglo levante sobre los horizontes de la civilización, ¿no será posible un armisticio, y aun un abrazo, entre dos guerreros que no parecen enemigos, sino adversarios, y que, encamiándose al mismo objetivo, más bien deberían unir sus fuerzas, que no gastarlas en un duelo fatal?

He aquí el problema que planteamos, y cuya solución procuraremos iniciar.

¡Ah! Desde que el Cardenal Pecci recogió el legado de Pedro, ciertos efluvios de transigencia y de benevolencia hacia la civilización parecen indicar que la filosofía religiosa—tal vez iluminada—experimenta una necesidad semejante á la que el realismo empieza á sentir.—Acaso el tiempo y las circunstancias hagan lo demás.

II

«El realismo es exacto, más parece deficiente»—Debemos, ante todo, probar esta proposición.

Es indudable que el infinito nos rodea por todas partes. Colocados en un mundo del que sólo percibimos una parte limitada—la que nos revelan los sentidos y los instrumentos que los perfeccionan ó completan—el resto hasta el infinito en todos sentidos pasa desapercibido para nosotros. Nos hallamos respecto á él en la más supina ignorancia. Aun dado caso, pues, que el conocimiento de lo que percibimos sea exacto, conocemos y conocemos siempre una parte limitada del Cosmos.

La ciencia en sus diversas manifestaciones tropieza por doquier con este infinito, y lo vislumbra en todas sus fronteras.

La astronomía, á medida que la óptica aumenta la potencia de los telescopios, resuelve en estrellas nebulosas que antes parecían materia cósmica; pero otras nebulosas más lejanas aparecen entonces como irresolubles, y aunque lo sean, mañana, con telescopios más poderosos, otras nuevas, más lejanas aún, se presentarán á desafiarlos.

Nebulosas y nebulosas, siempre nebulosas. El infinito se presenta por este lado, y aunque no se nos presentara, se demostraría racionalmente, considerando que no puede suponerse un límite, pues donde quiera que el límite se suponga, algo ha de haber al otro lado.

Si el universo es infinito, jamás los telescopios llegarán á descubrirlo sino en una parte que, como limi-

tada, siempre será relativamente insignificante, esto es: racional, y de un racionalismo rudimentario.

El realismo, pues, será siempre deficiente en esta parte, porque, claro es que mientras no se conozca *todo el universo*, el concepto que pueda formarse de él por el conocimiento de una parte limitada—y, por tanto, insignificante, por grande que sea ante el infinito,—será un concepto parecido al que pueda formarse de un hombre por el conocimiento de un cabello—y aún éste sería mucho más lógico.

Puede objetarse que la analogía induce á creer que, pues siempre se descubren nebulosas, en el universo no hay más que nebulosas. Pero este sería un modo de raciocinar tan lógico como el de quien, colocado á 1 000 metros de profundidad en medio del Océano, y no descubriendo con sus instrumentos sino agua por todas partes, dedujese de aquí, *por analogía*, que en el universo no había más que agua.—¡Ah! La analogía no puede admitirse en buena filosofía realista.

Mi ejemplos podrían citarse para destruir el silogismo de la analogía. Supongamos una habitación de diez metros en cuadro, y en su centro un sér consciente que sólo alcanza con su vista un decímetro. Supongamos que aquel construye instrumentos cada vez más perfeccionados, y al cabo de muchos esfuerzos llega á extender el radio de visión hasta un metro, y luego hasta dos, tres, cuatro. No ve nada, ó, si acaso, ve los seres infinitesimales que pueblan el aire. ¿Deducirá de aquí que en el Universo no hay otra cosa? Si así lo hiciera, su lógica tropezaría en verdad con las paredes de la habitación, y sería una pobre lógica.

Y no se diga que las nebulosas están muy lejos, porque la última de todas, la más lejana que la vista pueda alcanzar en lo futuro, siempre se hallará más cerca de nosotros, relativamente al infinito, que el primer decímetro relativamente al ser de la habitación de diez metros.

¿Se objetará que algún día pueden descubrirse cosas que no sean nebulosas?—Pues supongamos que el sér de la habitación descubrió la primera pared, ó que el del Océano vislumbró la superficie del mar. ¿Qué no les restará aún para conocer siquiera el planeta que habitamos? Y cuenta que, al fin, el planeta es finito, y mucho más cerca se hallarían siempre del conocimiento de su totalidad, que nosotros del conocimiento del Cosmos.

¡Ah! La astronomía y la óptica serán siempre deficientes, y, por tanto, el realismo siempre estará por este lado á igual distancia de las fronteras infinitas del Universo.

La deficiencia futura del realismo no puede, pues, ser más evidente en lo que se refiere á estas ciencias.

Si pasamos á considerar lo infinitamente pequeño, encontraremos el mismo resultado—Dividid la materia cuanto queráis. Cualquier trozo de materia, por pequeño que se le suponga, tendrá siempre *mitad*, por el sólo concepto de cantidad.—Dividid. Si no basta el concepto de la molécula, compuesta aún de varios cuerpos, pasad al átomo ya simple, y lo más simple que queráis (por ahora). Si no basta el átomo, pasad al sub átomo, partícula casi inconcebible inventada para explicar lo inexplicable.

Dividid—Supongamos que en lo futuro se invente el sub-sub-átomo. ¿Creéis que se habrá hecho algo? Pues exactamente estaremos entonces á la misma distancia de la nada que hoy, pues del sub-sub-átomo á la nada mediará el infinito, que es lo mismo que media desde una manzana.

El sub sub átomo tendrá *mitad*, y por pequeñísimo que se le suponga, como su distancia á la nada es infinita, podrá haber en aquella ínfima cantidad de materia infinitas cosas que la ciencia desconozca. Por mucho que se avance en la división, la ciencia, finita por esencia, y por tanto el realismo, siempre se hallarán á infinita distancia del total conocimiento. Y esto aun suponiendo que los conocimientos adquiridos sean exactos.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID

Una vez más vino el Carnaval á hacer la prueba—harto soberbio para acostumbrarse á la idea de una abdicación forzosa—y una vez más pudo convencerse de la razón con que indiferentes y partidarios, amigos y enemigos, proclaman á una su muerte. Sus días han pasado; su dominación ha concluido. Conforme transcurre el tiempo, la vida tiene más necesidades, aborta más problemas de solución difícilísima; y desconfianza del porvenir; roba años á la adolescencia, y adelanta la edad madura. Entre los tipos que han desaparecido ya de nuestra sociedad, uno de ellos, el más digno de ser llorado, es sin disputa el de aquel joven que, al cesar de ser niño y antes de presentarse como hombre hecho y derecho, vivía algunos años libre de cuidados que abrumaban, de preocupaciones que matan, sin pretender el conocimiento de todas las cosas ni llorar prematuramente los engaños del mundo; que dejaba á Dios en su cielo, á los santos en sus altares, á las leyes en su

templo, sin querer innovarlo todo, cambiarlo todo, volverlo todo, sustituyendo quimeras á quimeras y preocupaciones á preocupaciones. Hace unos cuantos años este joven, que era feliz, vivía con nosotros, pasaba diariamente á nuestro lado, y, llegados estos días, á él se amparaba el Carnaval para que le prestase su alegría. Y llevándole del brazo el viejo payaso vestido de Pierrot iba al Prado, corría las calles, alborotaba en los bailes y dormía, si á mano viene, en la prevención más próxima. Pero en este tiempo las condiciones de la existencia han variado mucho. Los chicos dejan de serlo muy pronto, y en seguida se hacen hombres, sin transición, por un cambio brusco que podría poner sus facultades en peligro. Hay que seguir una carrera, y una carrera que sea corta, estudiándola en cursos abreviados, simultaneando años y asignaturas. Hay que ganarse la vida pronto. La lucha por la existencia es más reñida cada vez, y es preciso entrar cuanto antes en la liza. Adquiere un barniz de sabiduría, y se aprende á hablar de muchas cosas que apenas se comprenderían estudiándolas en largas meditaciones. Cafés, clubs, Ateos, abren sus puertas y prestan sus salones y tribunas á los sabios en extracto, que se creen poseedores de la ciencia universal. Y á la edad en que no hace mucho jugaba un chico al trompo, da ahora una conferencia; á la hora que antes consagraba á correr y saltar por el campo, discute á Dios y le concede la existencia como un favor ó se la niega como un crimen; al tiempo en que antes empezaba á vivir, se mata hastiado ya de la vida y aburrido de sus engaños.

En generación tan seria y atareada el Carnaval ha de tener pocos adeptos. Una de las condiciones indispensables del muchacho de hoy es echarse de hombre á cualquier hora y en cualquier ocasión, trátase de lo que se trate. Quédanse las bromas para los idiotas y los niños. Y, en efecto, solo los niños y los idiotas siguen ahora en mermado montón el carro medio derruido del arruinado Carnaval, semejante en esto al viejo saltimbanqui que va rodando de pueblo en pueblo y de feria en feria el destartado b rracón que ya no atrae la curiosidad de los patanes. Inútilmente llama al público con voces que son como halagos y adulaciones que son como caricias, el público se retrae y pasea ante las mal pintadas tablas del espectáculo de su desdenosa indiferencia. El saltimbanqui, con su vestido de lentejuelas, sigue llamando á la gente, como el *muezzin* de una religión moribunda llamaría á los creyentes de la víspera. Allí está, sólo, en medio de la plaza, rodeado solamente de chiquillos que le miran sin comprender lo que significa todo aquello. Y allí queda hasta que el sol que se hunde en el ocaso, la noche que se extiende por el horizonte, le anuncian que la fiesta ha pasado ya y que es hora de despejar la desierta plaza. Recoge sus bártulos, arrea el borriquito que con las cuatro tablas rotas y los cuatro trajes agujereados constituyen su única fortuna, y se pierde en la soledad inmensa de los campos, despidiéndose del pueblo hasta el otro año con una melancólica mirada. Llegará un año en que el saltimbanqui no vendrá, y nadie le echará de menos.

Subida á lo alto de las torres, agarrada con sus dedos huesosos á la cuerda que mueve las campanas, haciendo gemir el metal, la Cuaresma, su eterna enemiga, despide el Carnaval con tañidos que suenan á maldiciones. A las chanzas, á las burlas, á la chacota del Pierrot, suceden los lamentos, las advertencias de la caduca dueña seca y flaca, escondida tras las negras tocas de la viudez. Lleva eternamente el luto de la humanidad, cuya condenación teme y á la cual exhorta á la penitencia; sus primeras palabras son terribles; hielan la sangre en las venas, atemorizan el espíritu. Ve al hombre olvidado quizá de su destino sobre la tierra, y se lo recuerda con voz dura cuyos ecos parecen dobles de agonía, agonía terrible de una muerte espantosa; la muerte sin resurrección, la noche sin aurora, el sueño sin despertar.—No eres más que polvo—le dice—de polvo fuiste creado y en polvo te has de convertir.—Y para que lleve eternamente sobre sí el sello fatal de su destino ineludible, le enceniza la cabeza, repitiendo la frase desconsoladora:—¡En polvo te has de convertir!—Mientras allá, en su asiento, la campana que tañe tristemente parece llorar con ecos desgarradores la total aniquilación del ser humano. Y el creyente, reconociéndose culpable, hunde la cabeza en el polvo de que ha salido, en el polvo á que tiene que volver, y reza para apiacar al Dios severo á quien ha ofendido rebosando la copa de sus iniquidades.

El catolicismo, poniendo una al lado de otra esas dos épocas del año, el Carnaval y la Cuaresma, tan inmediatas que nadie puede trazar la línea ideal que las separa, ni determinar el momento que deja de pertenecer al pecado y es ya de la penitencia, parece habernos dado un símil de lo que son las grandezas y vanidades del mundo. Martes de Carnestolendas—el día más bullicioso del Carnaval—Martes de Carnestolendas todavía, cuando ya empieza á deslizarse el Miércoles de Ceniza sobre la esfera del reloj. Hay un instante en que los cantos y las salmodias, aquéllos terminando y empezando éstas, se confunden en una misma nota, mezcla extraña de

alegría y de dolor, de suspiro y de sollozo, de orgía y de oración. Una carcajada que termina en una mueca: tal es el Martes de Carnaval; sorpresa de chiquillo travieso que estando haciendo una diablura ve de pronto á su lado, á la madre que ha entrado de puntillas y le mira con el semblante descompuesto. Así es también la vida: quimeras, ilusiones, una ruidosa mascarada, y en medio de ella, como la nube del simoun en la vasta extensión del desierto, la muerte que vuelve al polvo lo que del polvo fué formado.

Sin embargo; á despecho de la iglesia, no obstante la ceniza que sobre la frente del cristiano marca la cruz del Redentor, la fiesta y la algazara no han terminado todavía. Aún falta bajar al canal, beber el último trago de vino, lanzar al aire la última copla y enterrar la sardina.

Tiene esta fiesta lo que atesoran en alto grado todas las fiestas populares: luz y colorido; gente que ríe, voces que cantan, guitarras y bandurrias que se dicen endechas amorosas y suspiran, trayendo á la ancha pradera ecos de la hermosa Andalucía; tamboriles que repiten notas de los zortizcos vascongados, gaitas que lloran como en Galicia, infundiendo una dulce tristeza en los espíritus. Hay quien es opuesto á la celebración de estas fiestas; adustos y exagerados moralistas, que llaman bacanales y festines orgiásticos á la humilde merienda que el trabajador se come allí, rodeado de su mujer y de sus hijos, sentado en la tierra templada ya por la germinación de la primavera, respirando ámpliamente el aire puro, lejos del insalubre zaquizamí en que vive el resto de la semana. Yo creo, por el contrario, que son una necesidad; que constituyen una expansión indispensable al bienestar del pueblo. ¡Deja que el obrero vaya allí con su familia, juegue, salte, brinque, olvide por un momento que quizá no tenga que comer al otro día! Si pudieseis quitarle las fiestas populares, que le producen tanto placer que muchas veces forman época en los pocos accidentes de su vida, ¿qué le daríais en cambio? ¿Es preferible que hable de política, que discuta sobre religión, que arregle el mundo ó desarregle el cielo? Hay allí un campo extenso en que puede correr hasta cansarse; un sol hermoso, cuyos rayos vivifican; un ambiente, perfumado por las primeras yerbecillas que empiezan á brotar junto á la margen del río; escenario tan grande y bien dispuesto, no pide un actor sólo; llama al pueblo, y el pueblo debe llenarle.

La misma ceremonia que hoy, perdida su primitiva significación, nos parece ridícula, absurda y desprovista de razón, puede tener una gran importancia; guarda quizá la palabra de un enigma histórico ó sociológico; es tal vez último resto de un culto desvanecido en la memoria de los hombres. El estudio comparado de las tradiciones y costumbres de los pueblos aclara muchas oscuridades y da solución á muchos problemas que parecían insolubles. Enterrar un pescado, precisamente en la época del año en que se proscribía la carne, es, en efecto, un absurdo; pero, ¿sabemos si en su origen era un pedazo de carne lo que se enterraba? Y admitiendo que desde un principio fuese la sardina, ¿no podría ser su entierro una protesta contra el precepto religioso, postrer acto de rebeldía de una religión vencida por otra más fuerte y poderosa? Los que asignan á la fiesta cortesana un origen modernísimo y puramente local, se equivocan sin duda, y lo prueba así lo extendida que se halla la costumbre, tanto en España como fuera de ella. Antes de entrar en la Cuaresma, todos los pueblos cristianos celebran grandes fiestas. En Alemania se verifica una que tiene grandes puntos de contacto con la nuestra: *el entierro del violín*, así se llama. Se arrancan las cuerdas al pobre instrumento, se le entierra envuelto en un paño blanco, y el pueblo en masa, hombres y mujeres, le sigue llorando hasta su última morada.

Cuando las primeras sombras de la noche empiezan á envolver el paisaje, recógense los restos de comida; apúranse los residuos de las botas; los carros de comestibles y vino se ponen en movimiento; el Tío Vivo detiene su marcha; cesan de oírse la gaita y el tamboril que acompañaban sus vueltas vertiginosas; la gente emprende el regreso á la población, y la pradera empieza á quedarse desierta y sola. Sube el pueblo la cuesta cantando y divirtiéndose; diciendo chascarrillos los viejos y chicleos los jóvenes al eco de las guitarras que suenan por todos lados y parecen contarse unas á otras sus impresiones de la tarde. Pronto la pradera, antes tan llena de alegría, tan bañada en luz, no es más que una mancha oscura cuyos cortornos desvanecen el horizonte. Y sentado en medio de ella, acurrucándose en la sombra, parece distinguirse el espectro de la vieja Cuaresma consumida por los ayunos, quebrantada por las mace-raciones, llorando sobre el vasto campo por los nuevos pecados cometidos.

Considerada desde el punto de vista de la intolerancia religiosa, la historia de los pasados siglos se nos aparece como una noche sombría y eterna en que ni una

estrella atraviesa la oscuridad. De cuando en cuando, sin embargo, brilla una luz siniestra, y al resplandor de esa luz se ve algo horrible, algo espantoso en el seno de esa noche; víctimas que se retuercen presas de agudos dolores; verdugos sin corazón cuyo sentimiento embotó de larga fecha el fanatismo, y pueblos asustados que contemplan, sin darse cuenta de su situación, el lúgubre espectáculo. Esos haces de luz que semejan cumbres de volcanes estallando de repente en la oscuridad, son las hogueras en que los mártires de una idea sellan con su sangre generosa la pureza de una doctrina; y como todo lo que lucha y muere, triunfe ó no triunfe, es inmortal como llegue á morir en el Calvario, y como las ideas viven, y germinan y dan fruto, pasada la época de su laboriosa gestación, puede decirse que las hogueras en que mueren esos mártires de su amor á la humanidad, son luminarias que anuncian á los pueblos el triunfo de una idea generosa.

Dos siglos hace que fué quemado en Roma un hombre ilustre, que sentía latir y palpitar en su cerebro un pensamiento de independencia y libertad. Como todos los filósofos de su tiempo, era teólogo, metafísico, algunos le creyeron luterano; pero alma atormentada por la duda, y á la cual no satisfacían las soluciones protestantes, reconócese universalmente por el primer mártir de la libertad de pensamiento. El día 17 se celebró en Roma su centenario, y no pasará muchos días sin que se celebre también en España, donde se ha retardado por causas imprevistas.

¡Triste destino el de la humanidad, obligada á caminar torpemente en su ascensión á esa cumbre altísima en que brillan el supremo bien y la suprema verdad! Nace desprovista de todo en el seno de una naturaleza salvaje cuyas fuerzas la son enemigas, y una á una va dominándolas á todas, sirviéndose de ellas como de puntos de apoyo para seguir adelante. Pero cada paso, cada jornada, la cuestan sangre de sus venas y pedazos de su alma. El campo de las ideas exige abono de seres humanos, y los más nobles, los más generosos, se sacrifican por salvar á los demás. Giordano Bruno era de ellos. Sublime enamorado de la verdad, la perseguía con ahínco, y ninguna valla ni obstáculo le detenía. Diez y siete años pasó en la Inquisición encerrado en un oscuro calabozo. Le sacaron de allí para que se retractara, y se negó á hacerlo. La negativa era la muerte, una muerte horrible, en la hoguera, devorado por las llamas, asfixiado por el humo, oyendo hasta el último instante la voz odiosa del verdugo, que predica la mentira y excita al abandono de la verdad; pero Giordano no vaciló.—Más os turba á vosotros que á mí la sentencia que me leéis—dijo al Inquisidor que le comunicó la suerte que le aguardaba. Y murió resuelto, firme, entreviendo entre las nubes de humo que le envolvían la mística visión del ideal, bajando á él, templando su angustia, abrigándole con sus alas y señalándole allá, muy lejos, esa extensión infinita, poblada de mundos, que él creía habitados, y en los cuales le aguardaban otras humanidades más dichosas y más sensatas que la humanidad terrestre.

El tiempo con su soplo devastador ha barrido ya las cenizas de aquella hoguera y hasta el polvo de los fanáticos que la encendieron. Y disipada la niebla que envolvía la razón, Giordano Bruno brilla hoy semejante á una estrella de primera magnitud en el cielo de la verdad.

Estas festividades son útiles á los pueblos. Todo lo que sea recordar á los hombres las injusticias que han cometido, conduce á un fin práctico. Se le hace oír la intransigencia y amar la virtud y respetar todas las opiniones. Que para algo rueda por las células del cerebro, dándole vida y movimiento, ese soplo extraordinario, ese aliento generador que hace del hombre un ser inteligente y libre.

¡Duerma en paz el primer librepensador! Desde que él vivió, la humanidad ha andado mucho. Ya hoy no se encienden hogueras para quemar á los herejes. Ya hoy los hombres olvidan con más frecuencia que han sido enemigos para acordarse de que deben ser hermanos.

Pero no renegemos de esas hogueras, de esos crímenes. ¡No! Admitámoslos como sacrificios necesarios. Sin soldados que mueran, no se gana ninguna victoria. Sin las angustias del Gólgota no se concibe el triunfo del Thabor.

Pocas novedades artísticas ó literarias en la pasada quincena Apolo y Jovellanos terminaron su desdichadísima campaña sin haber podido dejar una obra en el repertorio. En la Comedia tuvo mal éxito una obra en tres actos, original de un conocido autor que otras veces ha sabido obtener el aplauso del público.

A última hora aparecen en los escaparates dos obras de importancia: *Sotileza*, de Pereda, y *La Carnaza*, de Zahonero. Quede su examen para la próxima revista.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO
á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

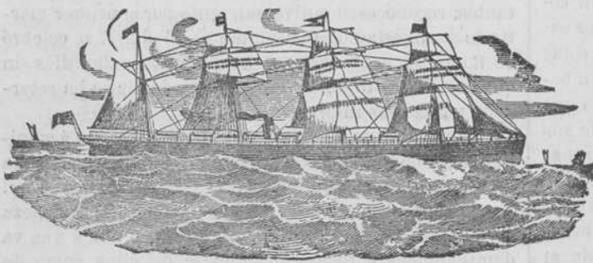
La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los trece ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensa nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distingue

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas e instrumentos agrícolas, plantas, semillas seimentales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*. Serrano, 48, principal.—Madrid.



SERVICIOS

DE LA

COMPANIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,

Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.
El vapor *Isla de Cebú* saldrá de Barcelona el 1.º de Marzo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.
Para más informes en
Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irarorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

SE VENDE

un pagaré de rvn. 80 444, suscrito por D. Félix Moreno Queglés, banquero almacenista de frutos coloniales establecido en la calle Mayor, núm. 23; darán razón, Mayor núms. 108, y 110 pral., de 9 á 12.

DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un solo niño muere de la dentición, pues los salva aun en la agonía, brotan fuertes dentaduras reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece á los niños y los desentanaña. Una caja, 12 rs., que remite por 4 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.

LITOGRAFIA

DE

JOSÉ DOMINGUEZ

6. — Valverde. — 6.

Planos, láminas, trabajos mercantiles y artísticos. Tarjetas de visita á 12 rs. el 100.

DEBILIDAD

IMPOTENCIA Y ESTERILIDAD

Curadas con el *Afrodisiaco Marino*. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo á los matrimonios sin sucesión y á los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada á Yarto Monzón, Madrid.

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

GRAN FÁBRICA DE CORSÉS

CORAZAS Y CORSÉS FAJAS

DE

FAUSTO ALDECOA

Calle Imperial, 8.

Esquina á la de Botoneras.

Madrid.

Esta acreditada casa tiene siempre fabricado doce mil corsés en raso, satines, cuties, pieles y driles.

Especialidad en los corsés-fajas para disminuir el vientre, desde 8 pesetas en adelante.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES
SEVILLA

Rvn.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folkloristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folklore de Madrid, Juegos infantiles, Folklore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 160

COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

ALHAJAS Y RELOJES

en oro y plata de ley, con verdadera garantía: precios en competencia. Taller de composturas,

Sanchez — Carretas, 22, tienda.

Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR

DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13.

Capsulas de Sulfato de Quinina

de PELLETIER
O de las Tres Marcas

A petición del cuerpo médico y en presencia de las falsificaciones que de continuo se producen y que el público se halla en la imposibilidad de reconocer, los Sres. ARMET DE LISLE y C^{ia}, sucesores de Pelletier, inventor del Sulfato de Quinina, acaban de añadir á su fabricación la de pequeñas cápsulas redondas, delgadas, transparentes, de una conservación indefinida, que suprimen la amargura de la quinina, no se endurecen como las píldoras y grageas, se disuelven rápidamente en el estómago y contienen 10 centigramos de Sulfato de Quinina puro.

Las Cápsulas de Sulfato de Quinina de Pelletier curan con éxito las jaquecas y nevralgias las calenturas intermitentes y palúdicas; es el medicamento más enérgico que se conoce en las fiebres perniciosas y tifoideas, en las enfermedades del bazo y del hígado; es el tipo de los tónicos propiamente dichos; modera la transpiración, combate los sudores nocturnos y da á los órganos digestivos una energía que se comunica á todo el cuerpo y le permite resistir á la fatiga, las epidemias y las emanaciones perniciosas.

Depósito en PARIS, 8, Rue Vivienne
Y EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LA REFORMA AGRICOLA

PERIODICO QUINCENAL DE INTERESES MATERIALES

El de más lectura y mayor circulación entre todos los de su género y el único que ofrece á sus abonados ventajas materiales de gran importancia.

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas e instrumentos agrícolas, plantas, semillas seimentales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*. Serrano, 48, principal.—Madrid.